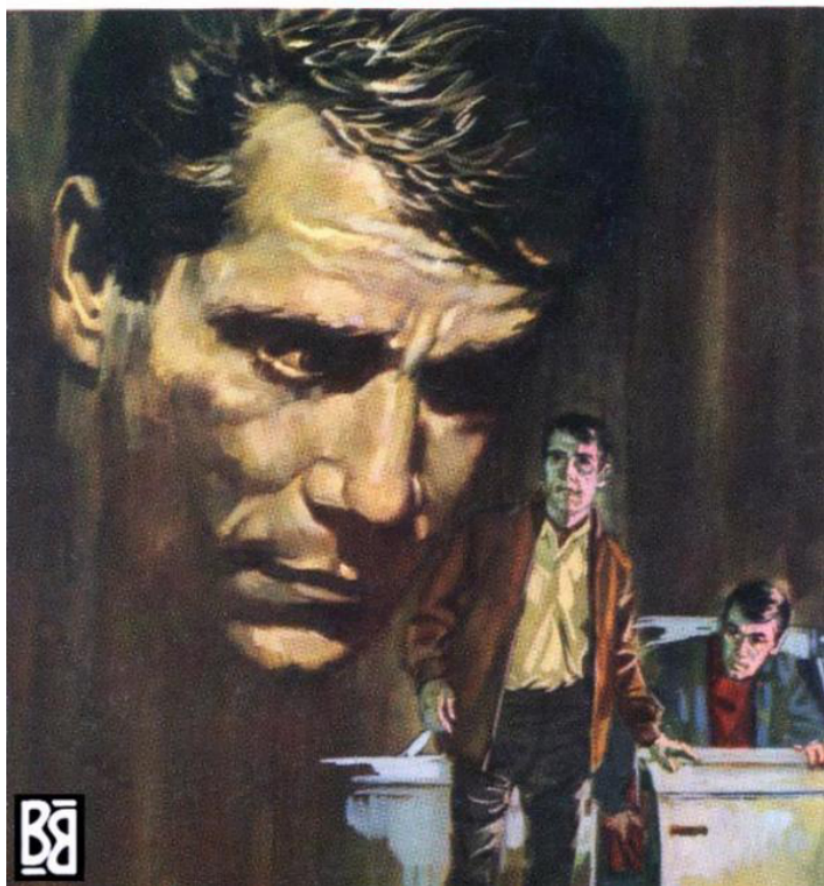


PUNTO  
ROJO

# la muerte se viste de oro

**burton hare**

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**





**LA MUERTE SE VISTE DE ORO**





PETER BRETT

FRANKIE  
CARELLA

*altavira*



JOHNNY  
RIGOLO







BURTON HARE

## LA MUERTE SE VISTE DE ORO

Colección PUNTO ROJO n.º 238

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA  
BOGOTA  
BUENOS AIRES  
CARACAS  
MEXICO  
RIO DE JANEIRO







*Depósito Legal B 28.284 - 1966.*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1.ª edición: noviembre 1966*

© BURTON HARE - 1966  
*sobre el texto literario*

© JORGE SAMPER - 1966  
*sobre la cubierta*

© COSTA y ALTAMIRA - 1966  
*sobre las ilustraciones interiores*

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966





**Todos los personajes y entidades privadas que  
 aparecen en esta novela, así como las situaciones  
 de la misma, son fruto exclusivamente de la  
 imaginación del autor, por lo que cualquier  
 semejanza con personajes, entidades o hechos  
 pasados o actuales, será simple coincidencia**





ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

- 223. — Brillo mortal.
- 228. — Operación Tormenta.
- 231. — Operación Van Allen.
- 235. — Guerra secreta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 827. — Llorarás a tus muertos.
- 831. — Muerte en la azotea.
- 835. — El extraño crimen del fuego.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

- 120. — Contra el tráfico de muerte.
- 124. — Crimen por correspondencia.
- 129. — Hasta que la muerte llegue.
- 131. — Destino "La Morgue".





**1**

---

**NO TODO  
ACABO CON LA GUERRA**



Era una cárcel vieja, dentro de cuyos gruesos muros se habían sucedido las generaciones de presos desde tiempos casi remotos. Una de las pocas viejas cárceles que todavía quedan en Alemania como recuerdo de los tiempos imperiales.

Desde el exterior, su aspecto resultaba casi romántico, con las anticuadas torres de vigilancia cubiertas de musgo, y por cuyas troneras no asomaba ya arma alguna. Escasos guardianes recorrían los pasillos de piedra maciza. También eran escasos los presos, después de todo, así que se adivinaba cierto relajamiento en las medidas de vigilancia. Entre presos y guardianes parecía haberse establecido una especie de pacto de pacífica convivencia que estaba dando excelentes resultados.

Había un centinela apostado sobre el gran portón de la entrada. El hombre se aburría, eso saltaba a la vista. Sólo se animó un poco cuando vio aparecer al grupo procedente del pabellón donde estaba instalada la dirección de la cárcel.

El hombre se irguió un poco, no mucho, y aguzó la mirada. Reconoció al jefe del penal y al ayudante de éste. Entre los dos, un hombrecillo bajo y rechoncho avanzaba con paso cansino hacia la puerta de salida.

El guardián sacudió la cabeza. Había olvidado que era el día señalado para poner en libertad a Max Hugger.

Inclinándose sobre la balaustrada de piedra gris, el guardián siguió al grupo con la mirada. Así vio la cara taciturna del preso, y las expresiones indiferentes de los otros dos.

Max Hugger tenía una nariz aplastada, y una gran cabeza con el cabello cortado a cepillo encima de la frente y al rape en el resto. Daba la sensación de que abandonaba el penal a disgusto, a regañadientes. No demostraba la satisfacción de los otros presos puestos en libertad anteriormente, pensó el guardián.

El grupo se detuvo junto al gran portón. Otro guardián salió de la pequeña estancia adosada al muro y saludó marcialmente. Luego enarboló una llave y abrió la pequeña sección de la puerta por la que apenas podía pasar un hombre de regular estatura.

Entonces, el preso se volvió y contempló lo que se disponía a abandonar para siempre. Aquel estrecho patio, las ventanas enrejadas tras las cuales no aparecía rostro alguno; los veinte años de su vida enterrados entre aquellos muros...

No parece que le alegre abandonarnos, Hugger.

El comentario del guardián le devolvió a la realidad. Parpadeó. Un relámpago semejó chispear en sus ojos cuando masculló:

—Aquí dejo parte de mi existencia... Una gran parte. Justo es que lo lamente. Ahora he de recuperar el tiempo perdido.

—No se pueden recuperar veinte años de la vida de uno, amigo mío.

El jefe del penal esbozó una sonrisa como colofón a sus palabras. El expreso no replicó. Les miró a todos, uno a uno, efectuó una ligera inclinación de cabeza y luego, casi marcialmente, giró sobre los talones y atravesó el portón.

Lo vieron alejarse con su andar cansino, la cabeza gacha y las manos unidas a la espalda. Luego se cerró la puerta y la vieja cárcel recuperó su rutinaria abulia de todos los días.

Pero el expresidiario, mientras se alejaba de los viejos muros, aceleraba el paso, igual que si fuera recobrando energías a medida que dejaba atrás aquella tumba de piedra en la que había estado enterrado durante veinte años.

Cuando llegó a la intersección de carreteras se detuvo. Pareció maravillarse a la vista de la fantástica autopista, por la que circulaban raudos los coches más modernos producidos por la industria mundial.

Tanteó los bolsillos hasta encontrar el paquete de cigarrillos, del que extrajo uno que se llevó a los labios. Acababa de encenderlo cuando un «Opel» gris maniobró para estacionarse al lado de la cuneta.

—¿Max?

Se acercó al auto. Un hombre enjuto y de mirada torva estaba sentado ante el volante. Hugger abrió la portezuela y se instaló a su lado.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Perfecto. ¿No traes equipaje?

—No Sólo quedaba la maleta y unas prendas tan viejas como ella. He salido con lo puesto... más la cantidad que he «ganado» estos años...

Soltó un juramento entre dientes. Luego añadió:

—Vámonos de aquí.

El conductor maniobró con maestría y pronto estuvieron

rodando a gran velocidad entre los demás coches que llenaban la carretera.

El conductor dijo:

—Podrás pasar inadvertido en todas partes, Max. Nadie se acuerda de ti ahora... Ni los periódicos estarán enterados de tu puesta en libertad.

Yo no era tan importante como para que la prensa hable de mí después de veinte años...

—Cosa muy conveniente.

—En efecto. ¿Has conseguido los pasaportes?

—Ya te dije que no habría dificultades por ese lado. Los tengo en casa, incluso con el permiso de entrada a los Estados Unidos debidamente tramitado. Podemos partir cuando tú dispongas.

Hugger asintió con un movimiento de cabeza. Su cara taciturna pareció animarse por un instante, pero ese pudo muy bien ser una ilusión, por cuanto inmediatamente recobró su concentrada expresión pétrea, tan impenetrable como la de una esfinge.

De nuevo, su voz indiferente inquirió:

—¿Los billetes?

—Dos pasajes por avión... Sólo falta decidir la fecha. Hay que avisar con veinticuatro horas de tiempo.

—Avisarás mañana.

El chófer ladeó la cabeza, al parecer sorprendido por aquella decisión.

—Tienes prisa, ¿eh? —comentó.

—Sí.

—O sea, que saldremos pasado mañana...

—Justamente. ¿Qué tal las cosas ahora?

—¿Qué cosas?

Hugger rezongó, disgustado, por no ser comprendido a la primera.

—Viejos camaradas —dijo—. Conocidos de aquel tiempo... ¿Frecuentas la compañía de alguno?

—Demonios, no, Max. No he olvidado ni por un instante tus instrucciones. Nada de relacionarme con nadie que pudiera conocernos de aquella época.

—Muy bien, Fritz.

Reinó otro silencio. El presidiario recién liberado tenía la mirada

clavada al frente, como si a través del amplio parabrisas pudiera ver su incierto futuro. Repentinamente, sin moverse, exclamó:

—No creí que pudiera resistirlo, Fritz.

—¿Cómo?

—Esperar tantos años... A veces pensaba volverme loco. Otras planeaba la manera de escapar...

—Lo hubieras echado todo a perder.

—Por eso sujeté mi impaciencia. Habría sido fácil escapar de esa pocilga... Muy fácil. Pero hubiera atraído demasiado la atención sobre mí. No me convenía.

De nuevo callaron. La apagada mirada de Hugger seguía fija ante sí, igual que muerta, inmóvil.

Fritz le miró de reojo. Contra su voluntad, se estremeció al captar aquella fijeza hipnótica. Se le antojó ver los ojos de una inmensa araña, velados y fijos sobre una presa apetitosa... Una presa casi al alcance de la mano.

Una presa por la que un hombre había soportado veinte años de encierro en una cárcel vieja y sucia.

—Max... —susurró.

—¿Sí, Fritz?

—Muchas veces he pensado qué haremos cuando, bueno, cuando estemos allí.

Hugger suspiró ruidosamente.

—Vivir —dijo—. Sólo vivir.

—Supón que hay dificultades...

—Las eliminaremos.

Su voz sonó como el silbido de una serpiente.

—Las cosas han cambiado en estos años, Max. Habrá que tener mucho cuidado, ambientarse, buscar la manera de negociarlo todo sin despertar la curiosidad de nadie.

—Tiempo, Fritz. Sólo es cuestión de tiempo encontrar los hombres adecuados, los negociantes sin escrúpulos... Y luego, vivir, ¿comprendes? Vivir como jamás has soñado que sea posible... Hermosas mujeres, los mejores licores del mundo, casas de sueño, jardines, buena mesa... Y otra vez las más bellas mujeres de la tierra...

—No te dispaes, Max.

—Lo he pensado, planeado con todo detalle... Hasta el más

mínimo detalle diría yo. No hay cabos sueltos. He tenido tiempo para eso... Veinte malditos años muertos, sólo pensando y mordiéndome los puños...

—Cálmate.

—Estoy calmado. ¿No puedes correr más?

—Sí, pero hay unas leyes de tráfico. No pretenderás que nos impongan una multa precisamente ahora.

—No, claro...

Fritz esbozó una sonrisa. Luego masculló:

—Yo también he pensado a lo largo de esos años, Max, y mis ideas a veces me ponían enfermo.

—¿Por qué?

—Imagina que alguien lo descubrió todo hace tiempo...

Max hizo un gesto impaciente con la mano, como si apartase una mosca de la punta de su chata nariz.

—Tonterías. Tú has pagado regularmente, ¿no es cierto?

—Sin faltar un solo mes.

—Ajá, entonces todo va bien.

—¿Sabes cuánto dinero llevo invertido en esto, sólo con esos pagos, Max?

—No quiero saberlo. Sólo piensa en el que vas a sacar a cambio de esa inversión y luego dime si no vale la pena.

Seguro que sí, Max; era sólo un comentario.

—Ya sé, ya sé... Te has portado bien, has sido fiel, Fritz, muy fiel. No todo el mundo hubiera aguantado tanto años su impaciencia como has hecho tú.

Fritz se echó a reír.

—No tenía más remedio que soportarlo, amigo. Si hubiera sabido exactamente todos los detalles del negocio no te garantizo de que habría seguido aguantando años y años aquí...

—Por eso no te informé de lo principal. ¿Crees que soy idiota acaso, Fritz? Mientras no supieras más de la cuenta no podrías traicionarme. Así ha sido mejor.

El chófer meneó la cabeza y se dedicó a conducir hasta que entraron en los suburbios de la ciudad. Max Hugger miró los recios edificios, los rascacielos de acero y cristal que se elevaban airoosamente por encima del paisaje de ruinas que él recordaba... Las ruinas que había seguido viendo en su mente durante tantos

años.

—¡Diablos! —jadeó.

—Cambiado, ¿eh?

—Es increíble... Y yo allí, enterrado... ¡Condenados sean, perros hijos de una perra...!

El súbito furor estalló apenas con violencia, como una burbuja al contacto del aire. Luego, se relajó nuevamente.

—Recuperaré el tiempo perdido —refunfuñó después.

No fijó atención en el recorrido del auto. No quiso tampoco mirar la enorme prosperidad que se adivinaba en cada uno de los detalles que pasaban raudos a los lados del coche... Prefirió seguir viendo dentro de él los montones de ruinas, las altas montañas de escombros, los cadáveres despedazados por las explosiones casi «oliendo» el hedor de esos mismos cadáveres medio putrefactos que nadie se cuidaba de enterrar porque todos huían...

El coche se detuvo con un suave balanceo. Levantó la cabeza y contempló la casa ante la cual acababan de parar.

—¿Vives aquí, Fritz?

—Sí.

—¿Solo?

—Naturalmente. Ya te lo dije desde un principio.

—Perfecto, amigo, perfecto...

Era una casa de dos plantas, en un barrio extremo, residencial. Parte de la calle estaba todavía en construcción.

El interior era sencillo y confortable, con una ausencia total de adornos superfluos. Max apenas si dedicó un ligero vistazo a lo que le rodeaba.

—No perdamos tiempo —gruñó—. Vamos a disponerlo todo para la partida. Voy a necesitar ropas nuevas, un equipo completo como los que acostumbran usar los turistas...

—Podrás adquirirlo esta misma tarde, antes que cierren las tiendas.

—Tendrás que facilitarme más dinero.

—Aguarda.

Fritz entró en una salita amueblada como despacho o biblioteca. Había montones de libros en las estanterías.

También había una caja fuerte, y una ventana velada por unas gruesas cortinas.

—¿Guardas los pasaportes en la caja? —indagó Hugger.

—Naturalmente. Te daré dinero para que compres lo que necesites.

—Eres un excelente socio, Fritz...

Éste abrió la caja empotrada en la pared. Extrajo un puñado de billetes y separó más o menos la mitad. Max alargó el cuello para ver el interior del arca.

—Déjame verlos...

Metió la mano y sacó dos pasaportes. Los examinó cuidadosamente. En uno campeaba su propia fotografía, aunque con el cabello más largo.

En el otro, la cara torva de Fritz parecía mirarlo con cierta sorpresa.

—Excelentes —masculló—. ¿Tienes armas también?

Fritz entrecerró los ojos.

—¿Crees que vamos a necesitarlas?

—Nunca se sabe... ¿Las tienes o no?

—Sí, pero...

—Tráelas.

Hay que tener mucho cuidado ahora, Max. Si te pillan con un arma encima estás listo.

—No tienes necesidad de enseñarme lo que he de hacer, amigo.

Fritz se encogió de hombros, metió la mano en la caja y rebuscó en lo más profundo de ella. Cuando la abrió lo hizo empuñado dos automáticas de pequeño calibre.

Max las tomó. Pareció acariciarlas, como extasiándose con su frío contacto.

—Hace veinte años que no tenía un arma en la mano. Fritz...

—Está bien, lo sé, pero ten cuidado porque están cargadas... Me pones nervioso, ¿comprendes?

Una era una «Beretta» bien engrasada. La otra una pistola española de fino pavonado, de un calibre correspondiente al «38» poco más o menos. Max Hugger empuñó ésta y recorrió el seguro con el pulgar.

—Magnífica —murmuró con voz ronca—. Bien equilibrada...

Fritz se encogió de hombros. Entregó el puñado de billetes a su compañero y luego se volvió, para depositar el resto otra vez en la caja fuerte.

Hugger entrecerró los ojos. Su mirada brilló de manera inusitada.

—Gracias por todo, Fritz —murmuró.

Tenía los ojos clavados en la nuca de Fritz. Levantó la pistola y tiró del disparador. La bala fue a clavarse justo donde antes se clavarón sus ojos. El seco estampido repercutió una y otra vez entre las paredes. Luego, lo apagó como un trueno que se aleja.

La cabeza de Fritz, reventada por el balazo, golpeó brutalmente contra la puerta de la caja, como si quisiera introducirse dentro. Luego resbaló, desplomándose mansamente al suelo.

Max Hugger suspiró.

—Pobre tonto —dijo solamente.

Pasó por encima del cuerpo de su exsocio, escrutó el interior de la caja de caudales hasta que vio los billetes que Fritz depositara al morir y se apoderó de ellos.

—Serán suficientes —masculló entre dientes.

Apartándose, examinó el cuadro. La caja abierta, el cadáver...

—Un robo —monologó—. Es lo único que pueden pensar. Muerto al intentar impedir un robo... La policía va a tener serios quebraderos de cabeza...

Tomó los pasaportes, separó el suyo y lo guardó junto con todo el dinero y las armas en sus bolsillos. Luego fue a la cocina y quemó el de Fritz con todo cuidado. Hecho esto, desmenuzó las cenizas hasta que quedaron convertidas en un fino polvo.

—Excelente —susurró, mientras sacudía las manos para librarlas de las partículas de papel quemado.

Se dirigió a la puerta y salió a la calle con toda naturalidad.

Nadie se fijó en el hombrecillo rechoncho de cabeza rapada, que se alejó calle abajo con paso tranquilo, cabizbajo, las manos unidas a la espalda y una mirada ausente en sus ojos de araña.

## 2

Era una habitación blanca y limpia. Por la gran ventana entraba el sol suavemente tamizado por los visillos transparentes.

Sólo que por la parte exterior había una tupida malla semejante a una reja. Eso estropeaba la agradable perspectiva.

La habitación contenía, además, una cama metálica, una mesita de noche adosada a la pared, otra mesa baja y una silla.

Y un hombre.

O lo que, en otro tiempo, fuera un hombre.

Estaba sentado en la silla, ante la mesa, y sus manos esqueléticas jugaban instintivamente con unos rombos multicolores, barajándolos entre sí sin habilidad alguna. Un continuo murmullo brotaba de sus labios delgados y exangües.

Al abrirse la puerta ni siquiera volvió la cabeza. Siguió manipulando los rombos de plástico y la bonita enfermera que entraba se detuvo a contemplar su trabajo.

—¿Qué tal va el juego, señor Lawson? —indagó la muchacha.

El hombre volvió un poco la cabeza. Sonrió.

—Difícil —murmuró con voz entrecortada, tartamudeando como un niño que aprende a hablar—. Difícil —repitió.

—Pero es divertido, ¿verdad? Uniéndolos, tiene que componer un rectángulo. ¿Sabe lo que es un rectángulo señor Lawson?

El demente se encogió de hombros.

—El campo —susurró—. Tú...

La muchacha estaba arreglando las ropas de la cama.

—¿No quiere tomar el sol, señor Lawson? Hace un día espléndido...

—Jeanette...

Ella irguió la cabeza, interesada.

—Dígame —murmuró.

—Jeanette...

Se acercó a él, mirándole fijamente.

—¿Quién es Jeanette, Tony?

—Ella es...

Se interrumpió. Por sus apagados ojos pasó una extraña ráfaga de lucidez. Se irguió. Era apenas un armazón de huesos y piel arrugada que empezó a temblar violentamente.

—¡El! —gritó—. ¡He de matarlo, Jeanette...! ¡Le mataré...!

La enfermera dio un respingo y su dedo oprimió un pulsador disimulado al lado de la mesilla de noche.

El hombre se había levantado. Temblaba como una hoja sacudida por el viento y de sus labios blancos se deslizaba un hilillo de espuma.

—¡Monstruo...! He de hacerlo... He de hacerlo... Mis fuerzas, necesito fuerzas...

Se abrió la puerta y un hombre cubierto con una bata blanca entró rápidamente.

—¿Qué ocurre, enfermera? —indagó.

—Está excitadísimo. —De nuevo habla de violencia, y como usted me dijo que le llamara cada vez que sucediese eso...

—Está bien, póngase a un lado y déjele que grite... Realmente, es una válvula de escape para su torturado cerebro.

Lawson miraba frente a sí sin ver. Sus ojos desorbitados parecían a punto de saltarle de las órbitas. Movía incesantemente los labios, aunque sólo de vez en cuando producía algún sonido.

Repentinamente, la tensión pareció relajarse y se dejó caer sentado sobre la silla. Apoyó los brazos sobre la mesa y ocultó la cara entre ellos.

Y empezó a sollozar.

El médico se acercó a él sin ruido. Escuchó los sollozos sin hacer ningún caso de la estremecida enfermera.

—Tony... —murmuró el doctor.

—Monstruo... No puedo hacerlo... Mis fuerzas...

—¿Qué quieres hacer, Tony?

—Matarlo... He de matarlo...

—¿A quién?

—Al monstruo...

Con una seña, el doctor despidió a la enfermera, que se apresuró a salir. Cuando se hubo cerrado la puerta aspiró hondo, como disponiéndose a realizar un gran esfuerzo.

—Tony...

—El... Jeanette...

—¡Tony! ¿Me oyes?

El loco levantó la cara. Las lágrimas corrían por sus escuálidas mejillas.

—Sí...

—¿Quieres matar al monstruo?

—Sí. ¡Oh, sí!

—¿Sabes quién es?

No respondió. La voz del médico fue seca y metálica cuando gritó:

—¡Mátalo, Tony, mátalo!

Hubo un estremecimiento en todos los miembros del demente como si una corriente eléctrica circulara por sus venas. Se levantó, rígido como un poste.

—¡Mátalo, Tony! —repitió el médico, sudando a chorros.

Repentinamente, la tensión que parecía mantener rígido al enfermo se desvaneció. Sus piernas le fallaron y cayó de rodillas primero, gimiendo, y acabó desplomándose de bruces.

—¡No puedo...! ¡He de llegar...! ¡He de llegar...!

Pareció como si quisiera arrastrarse por el suelo. Sus dedos engarfiados arañaron las relucientes baldosas, pero no avanzó ni una pulgada.

El médico suspiró.

—Es inútil —gruñó con voz sorda—. ¿Tony?

El demente dejó de arañar el suelo. Cerró los ojos y cayó en una especie de sopor.

El doctor, inclinándose, lo levantó del suelo fácilmente. Apenas si pesaba más que un niño. Lo depositó sobre la cama y retrocedió un paso, sudando y con gesto de desencanto.

Luego, giró sobre los talones y salió de la habitación. Unos minutos más tarde, la bonita enfermera entró de nuevo, aplicó una inyección al enfermo y volvió a dejarlo solo, hundido en su sopor, sumergido entre las nieblas que envolvían su cerebro, unas nieblas rojas como la sangre en las que aquel hombre se hundía más y más, con su mente huyendo de él, retrocediendo en el tiempo... años y años atrás...

*Los barracones eran de madera. El suelo estaba cubierto de paja húmeda y pestilente, como el de una cuadra. Los hombres, escuálidas sombras de hombres, se arrastraban sin fuerzas, sin energías ni para sentir ya las mordeduras del hambre, comidos por los piojos, torturados por las chinches, lacrimosos, diezmados por la fiebre.*

*Allí estaba él, con la cabeza rapada igual que los demás, convertido en un esqueleto bamboleante, la piel gastada allí donde los huesos sin carne presionaban brutalmente.*

*Había muchos otros en sus mismas condiciones. Y habían habido infinidad más de presos en el campo.*

*Habían ido desapareciendo a centenares, a millares, y todos sabían cómo. Y todos deseaban acabar de una vez, ansiaban ser arrastrados por los salvajes guardianes y morir... Recibir a la dulce muerte como a una libertadora.*

*Por eso aquella tarde él se alegró cuando el soldado de grandes botas claveteadas le arrastró fuera del barracón, obligándole a andar a trompicones. Creyó que le llevaban a la muerte, que iban a librarle al fin de la espantosa vida que llevaba desde hacía una eternidad.*

*Pero cuando se dio cuenta de que no era a la muerte donde se encaminaban, sus piernas se negaron a sostenerle por más tiempo y cayó de rodillas. El soldado le propinó un culatazo. Luego le arrastró hasta que estuvo de nuevo en pie.*

*Luego, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí, se encontró en el despacho del comandante de campo. Bamboleándose de un lado a otro, miró a aquel hombre formidable, alto y de constitución gigantesca cuya voz atronaba el patio cuando revisaba la legión de muertos en vida confiados a su custodia.*

*—Tú eres John Barton.*

*El vozarrón le aturdió. No pudo responder.*

*Otra voz dijo:*

*—Está semiinconsciente y yo necesito oírle hablar.*

*Un médico, pronto.*

*Le aplicaron una inyección. El médico hubo de pinchar varias veces para conseguir que la aguja encontrase un poco de carne donde hincarse.*

*Después se sintió mejor, como si de repente sus fuerzas volbiesen a sus muertos músculos y hasta la sangre empezó a correr con más vivacidad dentro de las venas.*

*Entonces, el vozarrón repitió:*

*—Tú eres John Barton. ¡Contesta!*

*—Sí.*

*—¿Dónde naciste?*

*—En Fulton, California.*

*—¿Dónde está ese pueblo? ¿Qué ciudades*

*importantes tiene cerca?*

*—San Francisco...*

*—¿Cuánta familia tienes?*

*Sacudió la cabeza.*

*—Mis padres murieron antes de estallar la guerra.*

*—¿Tíos, hermanos, primos, alguien más de familia?*

*—No tengo a nadie.*

*Hubo un silencio. Aquella corriente de energía que circulaba por su interior le producía escalofríos, y un dolor de cabeza espantoso. Gimió, pero nadie le hizo el menor caso.*

*El otro hombre que había allí dentro gruñó.*

*—Sirve. Quiero sus documentos y su placa de identificación.*

*Habló en alemán, de modo que él no comprendió. Luego se dirigió a él en perfecto inglés.*

*—Habla, cuéntame cosas de tu vida en Fulton. Todo lo que se te ocurra, detalles de tu infancia, de tus amistades, de la escuela y de tu trabajo. Todo.*

*—No comprendo...*

*—Tu biografía completa, estúpido.*

*Alguien le propinó una tremenda bofetada que le derribó de espaldas. Manos fuertes y duras le levantaron de golpe, sentándolo otra vez en la silla.*

*—¡Habla!*

*Habló instintivamente, sin detenerse. De vez en cuando, el desconocido formulaba alguna pregunta extraña que él contestaba de la manera que podía.*

*Así salió a la luz toda su vida pasada. Con voz desfallecida, viendo oscilar las figuras delante de él, con la cara brutal del comandante Dachs, y el rostro afilado del desconocido, que tomaba notas en una pequeña libreta de tapas negras...*

*Hasta que la acción del inyectable desapareció y la falsa energía abandonó sus huesos y derrumbóse de cara al suelo. Pero todavía alguien le habló en inglés.*

—Es cuanto necesitaba, estúpido...

—¿Qué van a hacer? —susurró, sintiendo el polvo del suelo penetrarle entre los labios.

—Voy a ir precisamente a dónde te gustaría ir a ti. Una carcajada burlona rubricó la frase.

Ya no hubo más preguntas. Se sintió arrastrado hasta el barracón y devuelto a la paja húmeda y pestilente, donde se dejó caer y quedó inmóvil, igual que muerto.

Otro prisionero, con voz no menos débil que la suya, preguntó:

—¿Qué te han hecho John?

—No lo sé... Una inyección... Y preguntas...

—¿Qué preguntas?

—No sé... Querían saberlo todo... He de matarlo, Webster.

—¿A quién?

—Al comandante... Dachs.

—Tú estás loco, muchacho.

—Lo haré...

—No lo conseguirás. Nadie puede acercarse a él.

—Lo tengo pensado.

—Te harán pedazos.

—Será una manera como otra de terminar de una vez.

—Mientras hay vida hay esperanza.

—¿Llamas tú vida a esto?

¿Dónde quedaba la esperanza? Ya no había nada, ninguna perspectiva, ninguna esperanza. Las habían dejado fuera del campo, al otro lado de las alambradas y las torres de las ametralladoras, que se erguían a intervalos sobre largos postes de madera, parecidos a patas de una gigantesca araña.

—Esta noche —gruñó.

—¿Cómo?

—Cuando nos saquen, Webster.

—No seas loco... Corren rumores que estamos

*ganando la guerra. Es posible que nos liberen...*

*—Me quedaré fuera... Lo he pensado muchas veces —prosiguió, siguiendo el hilo de su idea. Y añadió con voz opaca—. Sólo con que las fuerzas me acompañen y me ayuden dos minutos lo conseguiré.*

*Su compañero guardó silencio, seguramente convencido de que deliraba.*

*Pero sabía muy bien lo que decía. Era cierto que lo había planeado durante centenares de horas muertas...*

*Y ya sólo aguardó a que se abrieran las puertas y fuera sacado a empellones para ir a las letrinas y recoger el plato de infecto mejunje que los guardianes, con un bárbaro sentido del humor, llamaban el «puré de los cerdos».*

*Se durmió a causa del agotamiento. Sabía que lo conseguiría...*

De repente abrió los ojos. El sol ya no entraba por la ventana. Miró las paredes blancas, la limpia mesa con los rombos de colores. Se encontraba bien allí, tendido cara el techo, sin sufrir ningún dolor, sin pensar en nada. Sonrió bobaliconamente. Pronto le traerían la cena.

¿Qué más podía desear?

De nuevo había recorrido una distancia de más de veinte años en un segundo. ¿No era maravilloso? Siguió sonriendo...



**2**

---

**CARTA BLANCA  
PARA CARELLA**



Los cuatro hombres quedaron silenciosos, mirando al aristocrático rostro del secretario de Justicia de los Estados Unidos. Era alto y de porte distinguido, con las sienes teñidas de gris y los ojos brillantes detrás de las gafas. Cuando se quitaba éstas, perdían parte de su brillo, pero ganaban en humanidad.

Frank Carella recordó que tenía un cigarrillo sin encender en los labios. Carraspeó, sacó un estuche de cerillas y lo encendió.

—Eso puede provocar un conflicto internacional, señor —masculló tras exhalar una nube de humo.

—Correremos el riesgo, aunque adoptando toda clase de precauciones. Es necesaria la máxima discreción, como ya pueden suponer.

—De lo contrario no recurriría usted a nosotros.

El comentario irónico de Peter Brett hizo parpadear al secretario de Justicia.

—En efecto —reconoció—. Si destacamos a los agentes del F.B.I., para investigar este asunto, tarde o temprano la Prensa captará rumores, sabrá que ocurre algo inusitado y nos causarán innumerables quebraderos de cabeza. Si son ustedes quienes realizan el trabajo, nadie sabrá una palabra. Mi elección no es dudosa. A fin de cuentas, su grupo fue organizado para este tipo de presiones.

—Así es, señor —asintió Carella—. Pero últimamente los periódicos comienzan a hacerse preguntas sobre el grupo conocido por «Los Justicieros». Saben que existen unos agentes especiales, sin conexión con ningún Departamento, y darían un buen puñado de dinero por averiguar qué hay realmente detrás de ese apodo.

—Eso no debe preocuparles. Si no cometen ustedes ninguna indiscreción nunca averiguarán nada en absoluto —el aristocrático rostro del Secretario se iluminó con una ancha sonrisa—. Por otra parte, si se cometiera una indiscreción, creo que me vería obligado a presentar mi renuncia en el acto. Hay que reconocer que en todas sus actuaciones anteriores han organizado ustedes verdaderas batallas campales...

—Pero hemos obtenido los resultados apetecidos...

—Ésa es una gran verdad, Carella. Bien, ¿qué opinan de esto de ahora?

—Solamente con lo que nos ha contado usted, señor, no hay

materia para opinar. Después de todo —añadió Frank Carella, pensativo—, puede tratarse de un crimen pasional, de un error de los asesinos, de cualquier hecho totalmente aislado. Únicamente que la víctima, esta vez, ha sido un diplomático.

No ha habido error. Los asesinos esperaron a su víctima en la casa de ésta. Sabían muy bien a quien iban a matar. Por otra parte, es el tercer alemán que muere en dos semanas de forma violenta. No puede tratarse de una coincidencia.

—Tal vez no... ¿Qué es lo que sugiere usted, señor?

El interrogado se encogió elegantemente de hombros.

—Nada —masculló—. Tal vez se trate de una venganza política, o de crímenes de una organización secreta dedicada a matar a los exoficiales nazis... Sea como sea, los tres fueron militares durante la guerra.

—Pero la contienda terminó hace veinte años, señor —protestó Johnny Rugolo, burlón.

—Ha sido sólo una sugerencia. Les toca a ustedes averiguar qué hay detrás de esos asesinatos, y evitar que se cometan otros si es posible. De lo contrario, el Gobierno va a verse envuelto en un feo asunto diplomático con Alemania. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Ya les he dado cuántos detalles conozco. Eso es todo. No deseo saber de ninguno de ustedes hasta que hayan concluido su labor. Buena suerte a todos.

Se dirigió a la puerta del sencillo apartamento. Los cuatro hombres le siguieron con la mirada, un tanto perplejos.

El secretario se detuvo antes de abrir la puerta y volvió la cabeza.

—Tengan mucho cuidado, Carella. Si se ven metidos en un apuro, mucho me temo que no podré hacer nada por ustedes... oficialmente.

Abrió, salió y cerró suavemente a sus espaldas.

Lin Burke carraspeó antes de gruñir entre dientes:

—Es todo un consuelo, ¿eh?

Carella fue a sentarse en una butaca sin dejar de fumar nerviosamente.

—Se está volviendo viejo —dijo, socarrón—. Ve fantasmas bajo la cama y cosas así. ¿Por qué alguien va a liquidar a los exoficiales

del ejército alemán? Habría de organizar una matanza a escala mundial para conseguirlo.

—Quizá sólo quieren eliminar a los exoficiales convertidos en diplomáticos —aventuró Brett sin convicción.

—Sea como sea, nos ha pasado la papeleta, así que no nos queda más remedio que hacer algo positivo. Tú, Peter, sal y entérate de todos los detalles de esos crímenes. Ya sabes lo que necesitamos, ¿no es cierto?

—Seguro, Frank.

—Y trata de averiguar si existe algún punto de semejanza en los métodos del criminal... Si se trata del mismo hombre, forzosamente debe haber dejado indicios suficientes para sospecharlo por lo menos.

Peter Brett abandonó el apartamento sin más aclaraciones.

Los otros dos componentes del grupo esperaron órdenes casi con indiferencia. Aceptaban las misiones que se sucedían con tranquilo estoicismo, sin importarles en absoluto los riesgos que entrañasen. Ésa había sido una de las condiciones estipuladas cuando entraron a formar parte de «Los Justicieros», a las órdenes de un hombre sin nervios como Frank Carella.

Creo que tú podrías meter la nariz en el mundo diplomático, Johnny... Capta todos los comentarios y rumores que puedas escuchar. Frecuenta la compañía de los empleados subalternos de la embajada alemana en primer lugar, pero no desdeñes las demás. Esa gente sabe los secretos de sus colegas tan bien como ellos mismos.

—Okey. Desempolvaré mi traje de etiqueta. ¿Qué te parece, me pongo los entorchados también?

Se fue, riéndose entre dientes.

Lin Burke encendió un cigarrillo. Su inveterada costumbre de pasearse de un lado a otro ponía nervioso a todo el mundo, pero en aquellos instantes, maldito, si deseaba moverse del sillón que ocupaba frente a Carella.

—¿Qué me reservas a mí, Frank? —indagó—. No pensarás dejarme al margen de esto.

—Todos vamos a movernos estos días, Lin, incluyéndote a ti. Tenemos carta blanca en todo y la usaremos.

—Muy bien. ¿Cómo voy a jugar la mía?

—Bucea en el pasado de los tres alemanes muertos. Remóntate en sus vidas llegando hasta la cuna si es preciso, pero quiero estar seguro de si existe algún punto de contacto entre ellos... O si existió alguna vez. Ya sabes cómo se hace este trabajo, así que muévete.

Lin Burke arrugó el entrecejo, pero no se movió del asiento.

—Supongamos que la cosa se complica y he de desplazarme a Alemania.

—Irás a Alemania si es necesario.

—Ajá. Por una vez me toca bailar con la más fea, muchacho.

Se levantó, abrochándose la chaqueta.

Al quedar solo, Carella reflexionó con calma sobre todo lo que el secretario de Justicia les había contado respecto a los tres alemanes asesinados últimamente. Se confesó que no entendía nada de aquel embrollo, por la sencilla razón de que no sabía todavía nada de los tres hombres muertos. Era preciso aguardar a tener más información.

Encendió otro cigarrillo. A través de la ventana contempló cómo moría el día. Era una hora lánguida aquélla. Sin saber a ciencia cierta por qué, se sintió disgustado. Tal vez fuera debido a la hora, o al problema que acababan de plantearle.

Cuando la noche hubo cerrado por completo, se levantó y a oscuras abandonó el apartamento que les servía de punto de cita y de cuartel general cuando estaban en acción.

Las calles de Nueva York bullían de animación. Largas colas de gente se apiñaban en las entradas de los teatros, mientras los autos luchaban sin esperanza por encontrar un lugar donde estacionarse.

Carella deambuló sin rumbo, sumido en sus pensamientos. Finalmente, se dirigió a su apartamento particular, se desvistió y entró bajo la ducha.

Después de secarse enérgicamente, volvió a vestirse con ropas limpias. Antes de enfundarse en la americana ajustó la gran funda de fina piel al costado izquierdo, comprobó la carga completa de su poderosa «Magnum 389». Y tras correr el seguro la introdujo en la funda. Hecho esto, tomó la americana y regresó a la calle con el ceño fruncido.

Media hora más tarde entraba en el restaurante «Munich», frecuentado por la mayoría de alemanes de cierta categoría residentes o de paso por Nueva York.

Realmente, no sentía apetito, pero se hizo servir una cena ligera como pretexto para permanecer sentado a la mesa, observando a la concurrencia con mirada indiferente.

Pudo ver diferentes caras conocidas de los periódicos, diplomáticos germanos de prestigio. Captó la reserva con que se conducían, y la manera nerviosa con que hablaban en voz baja. Carella llegó a la conclusión de que comentaban los asesinatos de sus compatriotas, pero con evidentes reservas por hallarse en un lugar público.

Acabó su cena, tomó un café negro y encendió un cigarrillo. El salón iba despoblándose paulatinamente. Frank, echando mano de sus mediados conocimientos del idioma alemán, escuchó cuantas conversaciones pudo. Así comprobó que había acertado al suponer cuál era el tema principal de las conversaciones.

Pero eso fue cuánto sacó en limpio. Hizo una mueca, estaba abonando la cuenta cuando el cristal del ventanal que daba a la calle saltó en pedazos con vibrante estrépito.

Todo el mundo saltó en pie, arremolinándose a la salida. Carella corrió, abriéndose paso a codazos, hasta la puerta totalmente bloqueada por los parroquianos, que se apiñaban allí, sin atreverse a salir.

Sobre la acera, frente al ventanal, podía verse el cuerpo de un hombre caído de espaldas, inerte y con un charquito de sangre extendiéndose al lado de su pecho.

Carella salió al exterior apartando a los petrificados espectadores con brutales empujones, hasta inclinarse al lado del caído.

Vio que tenía un tremendo agujero en el pecho, del que brotaba la sangre empapando la blanca camisa. De manera confusa, escuchó el silbato de un policía acercándose.

Estaba a punto de levantarse cuando el caído lanzó un corto estertor. Luego murmuró algo que Carella no pudo comprender.

Se arrodilló, levantó la cabeza del moribundo y la dejó apoyada en su rodilla.

—¿Quiere usted decir algo, amigo? Le escucho...

Los párpados de aquel hombre se movieron levemente.

—Barton... —musitó—. John... Barton...

Su acento era extranjero, aunque modulaba bien las palabras. Un borbotón de sangre reventó en sus labios. Se estremeció.

Carella le apremió:

—¿Es Barton quien le ha disparado?

—El... Barton...

—¿Me oye?

El desgraciado sufrió una fuerte contracción. La sangre gorgoteó en su garganta, ahogándose. Su cabeza cayó a un lado y Frank supo que ya no podría pronunciar una palabra más.

Con cuidado, volvió a dejar la cabeza sobre la acera y se levantó.

En aquel instante, un guardia de uniforme se abrió paso por entre el círculo de asustados mirones y se plantó al lado de Carella.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Un asesinato... Alguien ha disparado contra ese hombre —explicó el jefe de «Los Justicieros», mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía con calma.

—¿Y ese cristal hecho pedazos?

Carella ladeó la cabeza. Luego, inclinándose, levantó un poco el cuerpo hasta verle la espalda. El guardia bufó.

—¡Quieto ahí! No puede tocar el cadáver hasta que...

—Sólo quería ver si había orificio de salida. La bala le ha entrado de arriba abajo. Seguramente ha rebotado, yendo a romper el cristal al final de su recorrido.

—Usted parece saber más que nadie sobre eso, ¿eh?

—Uso el sentido común, guardia. Deben haberle disparado con un arma muy poderosa... desde un sitio elevado.

—Sí, ¿verdad? Apuesto a que también sabe quién era ese tipo.

—En eso no puedo ayudarle.

—Qué raro, ¿eh? No se aleje mucho. Quiero hacerle unas preguntas tan pronto pueda poner un poco de orden aquí.

—Como guste.

Se apartó del policía, yendo a apoyarse en la pared, junto a la ventana rota. Fumó el cigarrillo con perfecta calma. Todo el mal humor que había acumulado en las últimas horas se le esfumaba ante la tensión de la violencia desencadenada.

Miró hacia arriba, a las casas del otro lado de la calle. Calculó la posible trayectoria del proyectil y gruñó un juramento entre dientes.

Tras asegurarse que el guardia estaba demasiado ocupado para prestarle atención, rodeó el círculo de curiosos y atravesó la calle,

entrando en una casa de tres pisos cuya escalera estaba a oscuras.

Subió silenciosamente. No tenía ninguna esperanza de encontrar al asesino arriba todavía, pero quizá la suerte le sonriera mostrándole un indicio de su pase por la azotea.

El indicio era un cartucho «Winchester 70», caído cerca de la baranda de cemento, más o menos a la mitad de ésta contando la distancia de las dos azoteas vecinas, a ambos lados.

Frank irguióse con el casquillo en la mano. Observó que el culote mostraba la señal del percutor un poco descentrada. Eso podría ser interesante para identificar el arma, si ésta era encontrada alguna vez.

Lo que le desconcertaba era el cartucho. El «Winchester» de palanca expulsa el casquillo con relativa fuerza, lo mismo que el del cerrojo. Calculando el lugar donde lo encontró, el asesino debía haberse agazapado en el extremo izquierdo de la azotea. Se desplazó hacia allí.

Una sola mirada abajo le convenció de que estaba equivocado. Desde aquel ángulo de tiro, la bala jamás hubiera dado en el cristal después de atravesar el cuerpo de la víctima. Regresó al centro de la barandilla.

Ése era el punto de disparo, no cabía duda. Entonces, ¿cómo era posible que el casquillo hubiera salido con tan poca fuerza del arma?

No habían usado un «Winchester», monologó Carella, perplejo.

—Un «Remington 308» —masculló entre dientes.

Ese calibre del «Remington» podía utilizar los cartuchos del «Winchester», y los casquillos vacíos eran expulsados sin violencia una vez disparados, con la maniobra de introducir otro en la recámara.

Pensó que a la policía le interesaría hallar aquel indicio, de manera que limpió el casquillo y volvió a dejarlo donde lo encontrara. Tras esto, volvió a la calle sin que nadie se hubiera dado cuenta de sus maniobras.

Al parecer, el guardia se había olvidado por completo de él. Estaba muy ocupado hablando con un hombre que acababa de apearse de un coche policíaco, y los dos miraban muy intrigados las fachadas del otro lado de la calle.

Al cabo de un par de minutos, el de paisano se agachó al lado

del cadáver y le registró los bolsillos. Se apoderó de la documentación, levantándose con ella en la mano.

—Julius Kramer —leyó en voz alta—. De nacionalidad alemana... ¿Alguien le conocía?

Miró a su alrededor. Un camarero del restaurante respondió:

—Cenaba algunas veces en el restaurante, pero no hablaba nunca con nadie.

—¿Conocía usted su nombre?

—No.

—¿Había cenado ahí dentro esta noche?

—No, señor. Por lo menos, yo no lo he visto hoy. Quizá se dirigía a la entrada cuando le han matado.

—Sí, probablemente. Vaya usted a su trabajo y aguarde a que pueda interrogarle en debida forma. No se le ocurra marcharse a casa sin mi autorización.

El camarero obedeció, gruñendo entre dientes.

Carella no quiso perder más tiempo allí. Se alejó rumiando el nombre que el moribundo había pronunciado por dos veces, cuando le sostenía entre sus brazos.

John Barton.

¿Quién demonios sería éste?

Y si era el asesino, ¿cómo era posible que la víctima hubiera podido saber su identidad, si le había disparado desde la azotea del otro lado de la calle?

El nombre de John Barton siguió zumbando en su mente de manera incesante...



**3**

---

**JOHN BARTON**



El director del hospital militar contempló al doctor Charney con el ceño fruncido.

—Opino que es inútil todo nuevo intento, Charney —dijo con voz monótona—. Todo lo que se haga por ese desgraciado en ese aspecto es una pérdida de tiempo. Y no estoy seguro de que no sea también una crueldad innecesaria.

—Pero hay instantes en que parece que recuerda, como si estuviera a punto de llenar la laguna que le atormenta. Esta misma tarde...

El director estaba sacudiendo la cabeza con escepticismo.

—Esta tarde ha sido como otras muchas en estos últimos años, y usted lo sabe, doctor. Admiro su perseverancia, su terquedad más bien, pero un cerebro atrofiado puede a veces regenerarse si se llega a actuar a tiempo sobre él. El de ese muchacho, Lawson, está destrozado desde hace más de veinte años, de manera que cualquier lesión se ha convertido en crónica a estas alturas.

—¿Y si no existe lesión, señor? —insistió el doctor Charney.

—¿Qué quiere decir?

—Puede tratarse de un trauma puramente psíquico, señor.

—Concedido. Un trauma que ha durado veinte años. ¿Cree de verdad que puede curarlo?

Charney no replicó. Una expresión de desaliento se pintó en su semblante. Al fin sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Confieso que ansiaba experimentar en Lawson una idea que se me ocurrió hace algún tiempo. Pero, sinceramente, señor, no creo que pueda curarse jamás.

El director asintió.

—Eso está mejor —dijo sonriendo—. Es usted un médico excelente, Charney, y me gusta su manera de desenvolverse aquí. Pero guárdese de realizar experimentos con los pacientes. No olvide que, además de pacientes, son también militares.

—Lo sé, señor.

—Puede retirarse, y gracias por su sinceridad.

Preocupado, el médico abandonó el despacho y anduvo por el largo pasillo ensimismado en sus pensamientos.

Casi sin proponérselo, tomó el camino de la habitación del demente que tanto le preocupaba. Abrió silenciosamente la puerta y atisbó al interior. Era de noche, pero en el techo brillaba una débil

luz amarillenta que permitía distinguir el contorno de los muebles y el bulto del cuerpo escuálido entre las sábanas.

Charney entró sin ruido, acercó la silla a la cama y tomó asiento sin apartar la mirada del enfermo que respiraba de manera agitada.

Si pudiera penetrar dentro de aquella mente, pensó. Bucear en sus recuerdos, obligarle a echar fuera el pesado fardo de los terrores que le asaltaba de vez en cuando...

¿De qué le servía la ciencia asimilada con los años si no podía penetrar en los pensamientos de un enfermo débil y desamparado?

Aunque, quizá, de haberlo logrado, la experiencia no hubiera sido de su agrado precisamente. Una mente es una laguna con superficie de cristal algunas veces, pero otras es un piélago de lodo inundo y maloliente...

*Estaban empujándoles fuera del barracón. Veía a los robustos soldados repartiendo culatazos, oía sus insultos, y se arrastraba como un gusano para evitar ser golpeado también.*

*Les hicieron formar de tres en fondo, como todos los días. El comandante Dachs se paseó ante la depauperada tropa fumando un largo cigarrillo aromático. Luego se alejó y el rebaño fue conducido a golpes y patadas hasta las pestilentes letrinas levantadas al otro lado del campo, lejos de los aposentos de la tropa, para no tener ellos que soportar el horrible hedor.*

*Los guardianes, también como siempre, se mantuvieron prudentemente apartados del asqueroso lugar. Los presos desfilaron en hileras. Entraban por un extremo y salían por el otro, famélicos, vacilantes, con los huesos rompiéndoles la piel, los pies descalzos sangrando lastimosamente...*

*El entró, conducido por los demás desgraciados. Más al llegar a la salida del otro extremo, se apartó a un lado y la fila siguió su camino sin advertir siquiera que se había producido un claro entre ellos. Eran como autómatas, sin voluntad y sin alma, cuerpos vacíos, muertos dotados de movimiento.*

*El dejóse caer cuan largo era detrás de la pared de madera. El sofocante hedor de las letrinas amenazaba con asfixiarlo, pero sabía que debía resistirlo por lo menos*

hasta que se repartiese el rancho, en mitad de la explanada, lejos de aquel lugar.

No supo cuánto tiempo duró la tortura del hedor y la impaciencia. Cuando todo quedó en silencio, comenzó a arrastrarse por el suelo, reptando como un gusano, llamando a sus fuerzas casi a gritos.

Apoyaba la cara en el suelo para no gastar energías sosteniéndola levantada sobre el esquelético cuello. La tierra penetraba en sus resacas fauces.

Sabía que mientras estuviera detrás del alargado pabellón de las letrinas estaba a cubierto de las miradas de los guardianes.

Sus dedos se hincaban en la húmeda y pestilente tierra. Cerró los ojos y concentró toda su voluntad en el cerebro para que las órdenes de éste fueran obedecidas por los exhaustos miembros.

Abrió los ojos y descubrió que apenas había avanzado unas pulgadas. Un apagado sollozo escapó de su pecho. ¿Iba a fracasar precisamente entonces?

Una eternidad más tarde, cuando ya las sombras del crepúsculo caían implacables sobre el silencioso campo, llegó al otro extremo del barracón. Bien, ya faltaba menos.

Sus dedos eran una pura llaga, con la carne desgarrada y las uñas casi arrancadas de tanto arañar la tierra para impulsar el cuerpo hacia adelante.

Su mente era un continuo grito de dolor y desesperación. Las llamadas a sus músculos no eran escuchadas por estos...

¿Iba a rendirse cuando al fin se había decidido a intentarlo? Tenía que seguir, debía matar a Dachs aquella noche o nunca. ¿Por qué su pobre cuerpo no obedecía las órdenes del cerebro?

¡Vamos, adelante! ¡Más...! ¡Más...!

Avanzó unas pulgadas más. Volvió a cerrar los ojos y los muñones en que se habían convertido las puntas de sus dedos le impulsaron hacia adelante entre dolores de agonía.

Lágrimas de desesperación brotaban de sus ojos

cerrados. Pero avanzó, pulgada tras pulgada, deteniéndose a cada segundo, gritando sin voz ni palabras dentro de su corazón para estimularlo.

Un centinela pasó a poca distancia, pero la oscuridad y la confianza de los guardianes le impidió ver aquella especie de piltrafa arrastrándose sobre el polvo. Estaban seguros que ninguno de los desgraciados que guardaban tenía energías suficientes ni siquiera para suicidarse...

Otro esfuerzo más. Estaba llegando al límite de sombra. Después, había un corto espacio al descubierto, el más arriesgado de todos.

Se detuvo y su mejilla descansó blandamente en el suelo. Sus dedos acariciaron la empuñadura del viejo y herrumbroso cuchillo, llegado a sus manos casi por arte de encantamiento. Luego trató de reanudar la marcha.

Los dedos le dolieron de manera espantosa. Creyó que había dejado las uñas entre el polvo y no se atrevió a mirar los espantosos muñones. Levantando las manos, hincó los huesudos codos en la tierra e hizo palanca con ellos. Logró avanzar otro trecho, mientras la sangre se escurría suavemente por las muñecas y los antebrazos.

Al fin suspiró al darse cuenta que había atravesado ya la zona libre de sombra. Ningún centinela había practicado el tiro al blanco con él, nadie le había descubierto todavía.

Frente a él, a corta distancia, brillaba la cerca de alambre que separaba la casa del comandante del resto de instalaciones para oficiales y tropas. Había un ancho poste de cemento, un pequeño jardín, y luego la casa, pintada de blanco. Allí estaba el monstruo, el torturador de tantos infelices...

¿Por qué le habían hecho tantas preguntas?

Alejó esos pensamientos. Sólo debía pensar en su empresa, concentrar hasta el último de sus pensamientos en lo que iba a hacer.

Llegó así, con los codos ensangrentados también, al pie del grueso poste de cemento armado. Se dejó caer de bruces detrás de él, dentro del cono de alargada sombra, y trató de contener su agitada respiración y el loco golpear de su

corazón.

*Entonces escuchó los pasos. Pertenecían a pies fuertes calzados con botas claveteadas. Guardianes.*

*Ladeó la cabeza. Vio a dos de ellos, entre los cuales conducían a una mujer. Ella andaba comi si fuera llevada al matadero. Vestía el pobre uniforme de las cautivas, que se alojaban en unos barracones separados de los suyos por altas alambradas.*

*El supo que sus planes iban a sufrir un retraso. Conocía los hábitos del comandante. Aquella noche pensaba divertirse con la prisionera... antes de salir para efectuar su última ronda de la noche. Sus costumbres eran matemáticas. Sólo se alteraban las noches que se sentía solo y exigía diversión... como la que aquella desgraciada podía proporcionarle.*

*Vio pasar al trío tan cerca que hubiera podido tocar la bota de uno de los soldados. Pero no era eso lo que él pensaba hacer, así que permaneció inmóvil, conteniendo la respiración y recuperando las partículas dispersas de sus energías.*

*Un minuto más tarde, los dos soldados volvieron a pasar, alejándose sin haberle descubierto, envuelto como estaba por la alargada sombra del poste.*

*Cerró los ojos y aguardó. Sabía que lo conseguiría. Estaba seguro de lograrlo...*

*Aquella noche mataría al monstruo...*

*Sudaba. O quizá fuera sangre que surgiera espontáneamente de sus poros reventados por el esfuerzo...*

—¡Sangre! —exclamó, sentándose en la cama de un salto.

El doctor Charney le sujetó por el brazo.

—Cálmate, Tony, todo va bien.

—¿Sí?

—Todavía no has resuelto el juego de rombos, Tony. ¿Quieres que te lo cambie por otro?

—No. Lo conseguiré, estoy seguro.

—Está bien. ¿Has tenido una pesadilla?

—No.

—Entonces, ¿por qué te ha asustado la sangre?

—¿Qué sangre?

—No lo sé, Tony, Tú has hablado de ella.

—¿Yo? No sé, no recuerdo nada...

—¿Tampoco recuerdas al monstruo, Tony?

Los mortecinos ojos se volvieron a mirar al médico. Distendió los labios y barbotó, enfurruñado:

—Quiero dormir... Dormir. Déjeme tranquilo...

Charney se levantó, apartó la silla a un lado y abandonó la habitación, más convencido ya de que el director tenía razón. Aquel cerebro estaba atrofiado definitivamente. Era imposible lograr que volviera alguna vez a razonar con claridad...

No obstante, y a pesar de que su sentido común le afirmaba en las opiniones del director, se prometió sí mismo seguir intentando obtener algún resultado aquel enfermo, condenado de por vida a vegetar dente del hospital mental del Ejército, establecido en Long Point, a casi veinte millas de Los Ángeles.



# 4

---

CARELLA  
ENCUENTRA A BARTON



—De manera que lo mataron en tus mismas narices —comentó Rugolo, sirviéndose un buen trago de *whisky* en un vaso gigantesco.

—Puedes expresarlo así. Y ahora vamos a resumir nuestros informes. ¿Brett?

—Ya no podemos dudar que se trata del mismo criminal en todos estos casos, incluyendo al alemán que liquidaron frente al restaurante. Tanto ese crimen como los anteriores fueron cometidos por un tirador emboscado, con un rifle muy potente y provisto de un silenciador extremadamente eficaz. Ahora, gracias a tu excursión a la azotea de aquel edificio, Frank, sabemos que posiblemente se trate de un «Remington 308». No nos será difícil averiguar por la policía la clase de proyectiles utilizados para los otros asesinatos.

—Ya veo... ¿Algo más?

Peter Brett sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Hasta el momento, eso es todo.

—De acuerdo. ¿Qué ha resultado de tu excursión, Johnny?

Rugolo carraspeó.

—Mucho me temo que he perdido el tiempo. Hay cierta alarma entre los diplomáticos alemanes, cosa muy lógica dadas las características de los crímenes. Hay que tener en cuenta que con el de anoche, ya son dos los diplomáticos despachados.

—¿Nadie formula teorías respecto al criminal?

—Sólo muy descabelladas. Hay quién llega a sospechar que se trata de una organización judía que intenta ajustarles las cuentas a los alemanes que intervinieron en las matanzas de los campos de concentración.

—Eso me parece una solemne estupidez. ¿O es cierto que alguno de los muertos fue oficial de campo?

—Eso puedo decírtelo yo, Frank —terció Lin Burke, cesando de pasearse de un extremo a otro de la estancia—. Ninguno de los tres primeros estuvo jamás en un campo de concentración. Es seguro que lucharon en el frente como oficiales, dos de ellos. El tercero era comandante de un submarino cuando terminó la guerra... El armisticio le sorprendió en plena ruta por el Atlántico, de manera que llevó el submarino a la embocadura del puerto de Lisboa, embarcó a la tripulación en los botes y lo hundió. Tras esto, se entregó a las autoridades portuguesas.

—¿Y los otros dos?

—Uno, oficial de comunicaciones. El otro era capitán de compañía, al mando de un destacamento de camiones de suministro.

—¿Dónde estaban cuando terminó la guerra?

—Los dos fueron capturados prisioneros por las tropas inglesas, cerca de la costa del mar del Norte.

—¿Eso es todo lo que hay respecto a ellos?

—Tengo también una lista con sus amistades, domicilios y aficiones.

—¿Casados?

—Ninguno de ellos.

—¿Amantes?

—Sí... —Lin Burke consultó unas notas y añadió—: El excomandante de submarinos tenía una amigueta llamada Hilde Barclay.

—Ajá. ¿Qué opina la policía de esa mujer?

—Por lo poco que he podido averiguar a ese respecto, la han dejado en paz definitivamente, lo cual indica que no sabe una palabra de nada relativo al crimen.

—Nunca se sabe lo que una mujer lleva en la cabeza. Ésta es una tarea que haré con mucho gusto —comentó Johnny Rugolo, apurando el *whisky* con evidente placer.

Nadie pareció escucharle. Carella gruñó:

—Hemos de confesar que no hemos obtenido gran cosa. Otro punto importante es John Barton... ¿A alguien se le ocurre una idea brillante al respecto?

Nadie formuló hipótesis alguna. Sólo al cabo de unos minutos, Rugolo aventuró:

—A mí me parece que la razón de esos crímenes arranca de la última guerra. Todas las víctimas fueron oficiales de alguna especialidad dentro del ejército alemán...

—¿Y qué tiene que ver eso con Barton? Éste es nombre inglés, no alemán.

—Tal vez estuvo en el ejército de ocupación en Alemania al finalizar la contienda...

Carella alzó las cejas. Sus ojos se clavaron en Johnny Rugolo con insistencia.

—A pesar de tu condenada afición al *whisky* —masculló—, a veces dices algo más que tus chistes obscenos.

—Eso es precisamente a causa del *whisky*. Siempre estoy lleno de ideas brillantes.

—John Barton puede haber estado en Alemania, con el ejército de ocupación, lo cual lo relacionaría con alguna de las víctimas.

—O con todas —opinó Brett.

—Es preciso ocuparse de eso esta misma noche. Voy a sacar al «Viejo» de la cama le guste o no.

No le gustó en absoluto. Carella soportó la sucesión de gruñidos con estoicismo digno de mejor causa. Luego, cuando el temporal amainó, dijo:

—Necesito algunos datos del Departamento de Archivo del Ejército. Y los necesito inmediatamente, señor, de manera que he pensado que usted podría conseguirlos empleando su «persuasión»...

—¿Qué clase de datos?

—El nombre es John Barton. Presumo que sirvió en el Ejército con las tropas que entraron en Alemania, o durante la ocupación, aunque eso no es ningún dato fidedigno, sólo una impresión.

—Los archivos militares no se nutren con impresiones, sino con datos. ¿No puede decirme nada más respecto a ese Barton?

—Ni una palabra más, señor.

—Pues sí que... Está bien, cuelgue y yo le llamaré cuando pueda. Pero está pareciéndome que quien hace todo el trabajo de su grupo soy yo, ¿ha comprendido?

—Perfectamente, señor. Pero quien carga con los riesgos y las pistolas somos nosotros, ¿no le parece?

—¡Cuelgue!

Depositó el auricular en el soporte y encendió un cigarrillo.

—Podemos descansar unas horas, mientras aguardamos a que el «Viejo» nos llame. El teléfono nos despertará.

Dormitaron en las butacas. Estaban acostumbrados a aprovechar cualquier oportunidad de cerrar los ojos, ya que durante las investigaciones que llevaban a cabo había ocasiones en que pasaban días enteros con sus noches sin poder acostarse en una cama.

Eran más de las cuatro de la madrugada cuando el teléfono rompió el silencio del apartamento. Carella, soñoliento, alargó el

brazo y se apoderó del auricular.

—Identifíquese —exigió la voz del secretario.

—*Estrella Cero*, señor.

—Perfectamente, escuche. Hay varios inscritos con ese nombre, pero sólo dos que reúnan las condiciones imaginadas por usted. Uno prestó servicios en nuestro Ejército en el asalto a Italia. Se quedó allí con las tropas de ocupación.

—¿Y el otro?

—Era paracaidista. Fue lanzado infinidad de veces sobre la Francia ocupada, con mensajes y suministros para los guerrilleros. Finalmente, resultó herido en los últimos días de la guerra. Más tarde se repatrió y fijó su residencia en San Francisco.

—¿Todavía sigue allí?

—Eso no consta en las fichas.

—¿Tampoco consta la dirección de Frisco?

—Sí, pero puede haber cambiado una docena de veces de domicilio en veinte años.

—Pero hay que empezar por algún lado, ¿no cree?

—Tome nota... Avenida Italia, ocho, dos, cinco.

—Es suficiente, señor, Gracias.

—No me las de a mí.

Colgó con un gruñido. Carella hizo lo mismo, pero en lugar de gruñir levantóse y decidió:

—Voy a ir a San Francisco. Quiero tener una parrafada con ese John Barton. Consígueme plaza en el primer avión para San Francisco que sea posible, Peter.

—¿A estas horas?

—Hay oficinas aéreas que no cierran en toda la noche. Entre tanto, creo que aprovecharé el tiempo para visitar a esa Hilde de que nos ha hablado Lin...

—¿Crees que te recibirá a estas horas de la noche?

—Seguro. Soy un tipo persuasivo.

—Sí, veremos cuán persuasivo te verás con un ojo morado.

El burlón comentario de Rugolo pareció caer en vacío, por cuanto Carella abandonó el apartamento sin más palabras.

Para celebrarlo, Johnny Rugolo obsequióse con otra generosa ración de su *whisky* preferido.

Hilde Barclay puso los pies en el suelo y tanteó en busca de las chinelas. Los suaves golpes sobre su puerta se repitieron, discretos pero insistentes. La hermosa muchacha miró el reloj y no pudo evitar una exclamación de indignada alarma al ver la hora.

Sólo llevaba puesto un corto camisón de dormir suave y trasparente, que flotaba alrededor de su cuerpo como si la seda no se atreviese a acariciarlo. En una muchacha rubia, de cortos cabellos cortados estilo paje, y cuyos grandes ojos azules resaltaban en la hermosa cara de pómulos un poco salientes. Alta, los firmes contornos de su cuerpo apenas velado revelaban una juventud pujante y fuerte.

Apresuradamente, se echó sobre los hombros un salto de cama tan delicado como el camisón, pero que la cubría con algo más de propiedad. Luego se acercó a la puerta.

—¿Quién está ahí? Supongo que sabe la hora que es, sea quien sea.

—Lamento importunarla a estas horas, pero se trata de un asunto urgente y no dispongo de mucho tiempo. Abra, por favor.

—Así, sin más ni más, ¿eh? No sea bromista. Lárguese o llamo a la policía.

—Entonces tendrá que llamarme a mí. Quiero hacerle unas preguntas respecto a Rudolf Galberg.

—Otra vez con lo mismo... ¿No pueden dejarme en paz?

Pero abrió la puerta, apartándose a un lado para que el intempestivo visitante pudiera entrar. Vio ante sí a un hombre de unos treinta y cinco años, de más de seis pies de estatura, cara de facciones regulares y expresión concentrada, casi amarga. En las sienes le blanqueaban unas cuantas canas prematuras que contrastaban con la negrura de sus cejas, bajo las cuales relucían unos helados ojos grises con tonalidades de acero.

Instintivamente, la muchacha captó el poderoso aspecto de aquel hombre, la fuerza que emanaba de su apariencia y la elasticidad felina de sus movimientos.

—Me llamo Carella —dijo él, deteniéndose frente a la mujer—. Es mejor que cierre la puerta si no desea que sus vecinos oigan nuestra conversación.

Ella obedeció maquinalmente.

—¿No me han molestado ya bastante?

—Imagino que usted desea que el asesino de su amigo sea capturado, ¿no es cierto?

—Naturalmente. Pero si espera encontrarlo aquí el mejor que vaya cambiando de idea.

Carella esbozó una sonrisa.

—He venido para aclarar algunos puntos solamente. Jamás se me ocurriría pensar que pudiera usted albergar al criminal que mató a Rudolf Galberg.

—Menos mal —suspiró Hilde, internándose en el apartamento seguida de su visitante—. Sólo le ruego que sea breve. Estoy cansada.

—Lo comprendo... He de rogarle también que olvide lo que le han preguntado anteriormente. Hágase a la idea de que ésta es la primera vez que alguien la interroga respecto al crimen. ¿Comprende?

—Eso va a resultarme difícil.

—¿Cuándo conoció a Rudolf?

—Hace más de un año.

—Sé que sus relaciones con él pueden considerarse «íntimas». Eso me hace pensar que Galberg confiaba a usted y la hacía partícipe de sus preocupaciones alguna que otra vez. ¿Era así?

—No era hombre aficionado a hacer confidencias a nadie. No olvide que era diplomático. Esa carrera exige suma discreción.

—Por supuesto, pero las confidencias a que yo me refiero no debían tener nada que ver con su trabajo en la embajada. ¿Mencionó alguna vez a alguien llamado John Barton?

Ella arrugó el entrecejo. Carella tuvo tiempo sobrado de recorrerla con la mirada de arriba abajo antes que ella hablase de nuevo.

—No puedo asegurarlo, pero es posible que ese nombre saliera a relucir en algunas de sus conversaciones. No es la primera vez que lo oigo.

—Sólo pudo oírlo usted de él. Trate de recordar en qué ocasión fue.

—Es inútil, no creo que...

—Es un asunto extremadamente importante. Haga un esfuerzo.

—Ella le miró, más interesada que disgustada. Su indignación inicial parecía haberse desvanecido.

—En todo caso, debe hacer mucho tiempo —murmuró como para sí.

—No importa. ¿Recuerda usted a causa de qué lo mencionó?

—Creo que fue cuando me llevó a San Francisco, hace algunos meses.

Carella aguzó el oído.

—De manera que se trasladaron a San Francisco. ¿Con qué motivo?

—El... Rudolf tenía algunos asuntos que resolver allí. Me pidió que le acompañase y acepté. Resultó un viaje muy agradable.

—¿Encontró a Barton tal vez?

—No lo sé. No me permitió acompañarle en sus visitas de negocios una vez allí. Sólo salíamos juntos por las noches.

—Ya veo. ¿Qué dijo de John Barton?

—No recuerdo... Creo que pronunció ese nombre al asociarlo con sus recuerdos de otros tiempos. Quería ver los lugares que había conocido años atrás.

—¿Había vivido en San Francisco acaso?

—No, pero conocía los alrededores de la ciudad.

—¿Recuerda usted si se mostró entonces optimista o más bien contrariado?

—Yo diría que contrariado, aunque supo disimularlo para no estropear nuestras salidas nocturnas. Era un hombre atento hasta la exageración.

—No lo dudo, Hilde. ¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—El día antes de su muerte. Y parecía preocupado.

Carella reflexionó rápidamente. Ya tenía en las manos el dato que establecía un nexo de unión entre aquellos hombres asesinados. Por lo menos, entre dos de ellos: Julius Kramer, el que cayera frente al restaurante, y Rudolf Galberg, excomandante de submarino durante la guerra.

—Muy bien, muchacha. Galberg era un excombatiente. Debía estar repleto de historias de guerra en el mar, y de aventuras de submarinos... ¿Le hablaba de eso alguna vez?

—Pocas; no le gustaba recordar aquello.

—Pero habría alguna, de las misiones que llevó cabo, o quizá un combate especialmente importante para él que se convirtiera en tema de conversación. ¿Qué pensaba respecto a haber tenido que

hundir el submarino?

—Ese episodio era uno de los que más le dolían... Solía decir que era el castigo por haber actuado como un vulgar delincuente, justo antes de verse obligado a hundir su nave.

—¿Sabe a lo que se refería cuando decía eso de «delincuente»?

—Nunca me lo aclaró. Ese recuerdo particularmente le amargaba.

—Estoy enterado de cuál era su domicilio, pero me gustaría estar seguro que no tenía otro, digamos... más discreto. Un lugar en el que se sintiera a salvo de miradas indiscretas.

—No había nada de eso. Él sabía que aquí podía descansar en paz, y solía venir a veces solo para relajarse media hora. Después regresaba a su trabajo con mejor disposición de ánimo.

—Era un hombre afortunado, no cabe duda —rezongó Carella—. Volviendo a su viaje a San Francisco, ¿sabe usted si pudo entrevistarse con John Barton?

—No me lo dijo. Realmente, nunca me hablaba de su trabajo.

La desilusión comenzó a reflejarse en el rostro de Carella ante los nulos resultados de aquella entrevista.

—Aparte de sus salidas nocturnas, mientras estuvieron en San Francisco, ¿qué otras cosas hicieron?

—Ya le he dicho que él no me permitió mezclarme en sus asuntos. Salía solo.

—¿Cuántos días estuvieron allí?

—Cuatro solamente.

—De manera que durante los cuatro días usted permaneció en el hotel, sola, mientras él resolvía los negocios...

—Así fue, excepto el último día. Dimos un paseo con un coche alquilado.

—¿Por la ciudad?

—No, viajamos hacia el Norte; fue una especie de excursión. Comimos en un lugar llamado Petaluma. Después continuamos. Hay una pequeña ciudad llamada Sebastopol, ¿sabe usted? A Rudolf le chocó ese nombre.

—¿Se detuvo en ella?

—Sólo el tiempo de tomar un refresco. Luego llegamos hasta los acantilados de Duncan Hills. Recuerdo muy bien el lugar porque nos detuvimos allí mucho rato. Es un paraje maravilloso, agreste y

salvaje, de belleza estremecedora.

—¿No hicieron nada más que mirar el paisaje?

—Exactamente. Rudolf apenas despegó los labios. Estaba sobrecogido por la grandiosidad de cuánto veía y todos sus sentidos parecían pendientes del paisaje.

Carella trató de ver algún significado en esa explicación, pero acabó por encogerse de hombros y suspiró resignadamente.

—Temo que la he molestado en vano, Hilde. Nada de cuanto acaba de decirme significa nada para mí. Carece de interés para la investigación. De todos modos, ha sido usted extremadamente amable al recibirme.

Se despidió rápidamente, y abandonó el apartamiento de la muchacha disgustado consigo mismo por haber puesto tantas esperanzas en la entrevista.

Se dijo que si también fallaba su gestión en San Francisco iban a encontrarse en un perfecto callejón sin salida, lo cual desencadenaría las iras del secretario de Justicia, aparte de acarrearles otras complicaciones.

Pero su investigación en San Francisco no falló. O por lo menos, puede decirse que encontró a John Barton...

Primero recibió la noticia en la casa cuyas señas le diera el «Viejo» por teléfono. Luego la confirmó en el registro civil de la ciudad.

No obstante, para estar completamente seguro, tomó un taxi y se hizo conducir al silencioso lugar en que se encontraba entonces.

A su alrededor, lápidas y monumentos funerarios se extendían salpicando de blanco y gris la inmaculada extensión de bien cuidado césped.

—De modo que es eso —masculló entre dientes, fija la mirada en la inscripción de la sencilla lápida.

La leyó una vez más:

JOHN BARTON  
1922 — 1947.

Allí terminaba la única pista que habían conseguido en todo aquel asunto.

Regresó al taxi que le aguardaba, más taciturno que de

costumbre.

—Lléveme a la Jefatura de Policía —ordenó, recostándose en el asiento.

Pensó en cómo se desvanecían sus esperanzas. Haber atravesado el país de costa a costa sólo para enterarse de que el hombre buscado había muerto veintidós años atrás...

Era absurdo. ¿Por qué, si Barton llevaba todos aquellos años enterrado, el moribundo alemán había pronunciado su nombre en los terribles instantes de expirar?

Vio desfilan los edificios y las gentes por la ventanilla sin fijarse en nada de todo ello. Intentaba vencer su decepción, salir del círculo en que se había metido en el cual daba vueltas sin cesar...

Había otras cosas que no tenían sentido aparente. ¿Por qué Rudolf Galberg, un diplomático, se había expuesto al escándalo viajando en compañía de una muchacha hasta San Francisco?

Y una vez en la ciudad, ¿por qué una excursión al Norte, sólo para contemplar los agrestes acantilados?

Estaba navegando por un mar de absurdos.



DONDE INTERVIENEN  
LAS PISTOLAS



El teniente Vince Lamb, de Homicidios, era un hombre delgado, ágil y de mirar vivo y escrutador. Había ascendido a fuerza de méritos y años de servicio, despreciando las politiquerías y los chanchullos que hubieran podido elevarle mucho más rápidamente, lo cual podía inducir a sospechar que era un hombre amargado o resentido. No obstante, tenía un carácter jovial que no se inmutaba por nada ni por nadie.

Ni siquiera por el fornido individuo que se le presentaba como el teniente Frank Carella, de Nueva York.

Carella exhibía una credencial en regla certificando su afirmación. Naturalmente, era una de las concesiones obtenidas a través del secretario de Justicia para casos semejantes.

—De modo que ha venido usted de Nueva York sólo para encontrarse con que su hombre hace veintidós años que está bajo tierra...

—En efecto. Pero en la casa donde vivió todavía le recuerdan. Es una pensión. Allí me han dado a entender que fue muerto a tiros. ¿Es cierto?

—No tengo la menor idea. ¿En qué año dice usted que murió?

—En el cuarenta y siete.

—Habría que consultar los archivos.

Descolgó un teléfono de los dos que había sobre la mesa y dio unas instrucciones. Cuando colgó, dijo sin aparente interés:

—¿Para qué buscaba usted a ese hombre, después de todos esos años?

—Tan sólo quería interrogarle respecto a algo que ha sucedido en Nueva York. He perdido el tiempo...

—Eso me temo. ¿Qué espera encontrar en el *dossier* de John Barton?

—No lo sé. Pero quiero asegurarme de que murió asesinado y no en un accidente.

—¿Cambiaría mucho las cosas si hubiese muerto un accidente?

—Me temo que sí.

—¿Y si fue baleado?

—Seguiría encontrándome en un condenado callejón sin salida.

—Ésta es una situación en la que yo también me he debatido más de una vez... Ah, aquí está el papeleo.

Un agente acababa de abrir la puerta. Entró y depositó una gruesa carpeta de cartón amarillo, con bastante polvo encima.

—Léalo usted —gruñó el teniente Lamb—. Si encuentra algo interesante, avíseme.

Carella leyó con sumo interés todo el contenido de la carpeta.

Efectivamente, John Barton murió de dos balazos en la espalda, en un callejón llamado Black Street. Todas las pesquisas de la policía para identificar al culpable resultaron inútiles, aunque algunos de los compañeros de pensión informaran que, desde hacía unos días, recibía algunas llamadas telefónicas, cosa que no sucedió durante todos los meses anteriores a su traslado a la pensión.

También indicaron que la voz del que llamaba daba la sensación de ser forzada, con un fuerte acento extranjero.

El móvil del crimen no pudo haber sido el robo, por cuanto encontraron en los bolsillos del cadáver una respetable cantidad de dinero, la cual sirvió para el entierro y algunos pequeños gastos más.

No pudo encontrarse ningún miembro de su familia, así que la policía archivó el caso con la esperanza de que la suerte les facilitase el camino, con la detención por otro delito cualquiera, del asesino de John Barton.

Había varias páginas con las declaraciones de los testigos, pero nada de aquello interesaba a Carella, quien devolvió el *dossier* resignadamente.

—Un crimen pendiente —rezongó.

—Hay muchos.

—Sí, desgraciadamente, hay muchos.

Pensó si en la lista de los pendientes de solución no quedaría también incluido pronto el de la muerte de los alemanes.

—¿Va a regresar a Nueva York inmediatamente? —indagó el policía.

Carella se levantó con gesto cansado.

—Todavía no. Antes de abandonar esta ciudad quiero hacer una excursión.

Se dirigió a la puerta después de agradecer la colaboración a Vincent Lamb. Éste siguió sentado e inmóvil contemplando la carpeta depositada sobre su mesa escritorio.

Finalmente, la tomó y comenzó él también a leer la apretada

escritura de los folios mecanografiados.

El sueño le vencía. El sol de media tarde caía a plomo sobre el auto, mientras se deslizaba por la serpenteante carretera de la costa. Frank Carella abrió desmesuradamente los ojos para no ceder y maniobró el coche de alquiler hasta colocarlo en un desvío. Entonces dejó caer la cabeza sobre los brazos y se durmió instantáneamente. Ya no recordaba cuántas noches llevaba sin pegar un ojo, dormitando en los lugares más inverosímiles y luchando con el pesado plomo que cerraba sus párpados.

Cuando despertó, la tarde daba las últimas boqueadas antes de dar paso al crepúsculo y éste a la noche.

Carella se dijo que quizá era ya demasiado tarde para terminar la excursión. Consultó un mapa de carreteras y vio que Duncan Mills quedaba apenas a quince millas delante de él. Optó por reanudar el viaje y dejar esa parte del asunto resuelta de una vez por todas.

Más, cuando detuvo el coche en el espacio destinado para ello arriba del acantilado, quedó mudo de estupor al contemplar la majestuosa y a un tiempo salvaje y agreste grandiosidad de lo que veía.

Los altos acantilados semejaban cortados a golpe de pico, con paredes casi verticales que iban a hundirse bajo las aguas.

Apagó las luces del auto, excepto las de situación, y se alejó de la plazoleta para ver de más cerca la sorprendente roca gris de que estaban formados los fantásticos acantilados.

Después de la primera curva de la carretera, ésta descendía en forzado declive hasta llegar a la playa.

Seguía martilleándole el cerebro el por qué el alemán había querido viajar hasta esas rocas. No podía conocerlo, a juzgar por lo que Hilde dijera. Entonces, ¿qué le había llevado hasta allí?

¿Viejos recuerdos tal vez?

Frank se enderezó repentinamente. ¿Era Rudolf un soñador? Si lo era, su escapada a los riscos sería perfectamente natural. Si no lo era... Bien, entonces el asunto se presentaría con muchas dificultades adicionales.

Pensando en eso, tal vez creyendo que por ese camino podría conseguir un retrato de Rudolf así como una fidedigna relación de su carácter, anduvo a lo largo de las rocas, escuchando el dulce

chapoteo del mar allá abajo.

Se apartó de la carretera, sin dejar de reflexionar e intentando confeccionarse un retrato mental del alemán.

Entonces vio la casa entre los copudos pinos de California. Era una de esas cabañas de fin de semana, pero que había sido ampliada según pudo apreciar al acercarse a ella. Había luz en una ventana, y continuamente pasaban sombras por el otro lado.

Se detuvo, indeciso. Todo lo que podía hacer era devolver el coche y tomar el primer avión para Nueva York, y una vez allí aclarar algunos detalles más de Rudolf Galberg.

Una vaga sensación de inquietud estaba invadiéndole algo puramente psíquico que se formaba a raíz de sus preguntas formuladas a sí mismo respecto a los motivos que habían empujado a Rudolf meses atrás a visitar aquella parte de la costa de California.

Quizá viejos recuerdos...

Pero ¿recuerdos de cuándo, de qué tiempo?

Estaba mirando la cabaña casi sin verla. Todos sentidos se hallaban concentrados en aquel aspecto de su problema. Entonces, como si surgiera de la tierra una voz gutural ordenó:

—¡Levante las manos, rápido!

Carella dio un respingo. Miró a su alrededor. No pudo ver a nadie.

—¿Qué demonios...?

—¡Arriba las manos!

La voz no bromeaba, delataba nerviosismo y temor. Un hombre asustado con un arma en la mano es extremadamente peligroso y Carella sabía eso a la perfección de manera que levantó las manos a la altura de los hombros y aguardó.

Una sombra se destacó surgiendo de manera fantasmal de entre los troncos. Al acercarse, Frank distinguió el revólver que empuñaba, apuntado directamente a su pecho.

—¿Qué significa esto? —exclamó—. Es un condenado lugar para un atraco.

—Cierre la boca y diríjase a la cabaña.

—No he visto que el terreno estuviese vallado, de manera que no creo haberme introducido en una propiedad privada... Es mejor que deje de comportarse como un pistolero de película y deje que le explique.

—Podrá contar las historias que quiera ahí dentro. Andando y mucho cuidado con bajar los brazos.

Carella obedeció sin chistar. Todavía no se alarmó más de la cuenta, aunque no dejaba de inquietarle el revólver apuntado a su espalda. Pero pensaba que la gente de la cabaña le aceptaría las explicaciones, de manera que anduvo por el ancho sendero hasta detenerse ante la puerta y aguardó.

El hombre que le había capturado pasó por su lado dando un pequeño rodeo, sin dejar de apuntarle ni un instante, y abrió la puerta de un empujón.

—Adentro —ordenó.

Carella entró. Tal como había imaginado, aquella parte de la cabaña estaba construida como un refugio de fin de semana. No carecía de comodidades, pero a juzgar por los detalles que captó al primer vistazo, daba la impresión de no haber sido utilizada durante mucho tiempo.

—Acérquese a la pared de la derecha y quédese ahí, sin volverse.

—Empiezo a cansarme de esa pantomima. Escúcheme, si cree que...

Un duro golpe en la nuca con el cañón del revólver le hizo trastabillar, cortándole la voz y disparando un terrible latigazo de dolor por todos sus nervios. Se convenció entonces de que la cosa iba en serio. Sin saberlo, debía haberse metido en algún lío con una banda de granujas.

—¡Junto a la pared! —repitió el pistolero.

Obedeció sin chistar esta vez. Quedó allí quieto, aguardando. Oyó al otro hombre alejarse de él despacio y por el rabillo del ojo lo vio por primera vez. Era alto y corpulento, de cuello de toro y cabeza pequeña. La expresión estúpida de su cara no le tranquilizó, entre otras razones porque no dejaba de mirarle a pesar de retroceder hacia el fondo de la cabaña. Ni de apuntarlo con su «38».

Había una puerta detrás del pistolero, que éste golpeó con el tacón del zapato. Otra puerta también cerrada estaba al lado de Carella.

La que quedaba detrás del tipo del revólver se abrió y un hombre en mangas de camisa, sudoroso y con las manos sucias de polvo asomó la cabeza. Antes que pudiera formular ni una pregunta

descubrió a Carella y desorbitó los ojos.

—¿Quién demonios es ése, Mott? —preguntó, estupefacto.

—No lo sé; acabo de cazarlo ahí fuera, espiondo.

—¡Imbécil! —Gruñó Frank—. Estaba dando un paseo por el acantilado cuando me has capturado. Tienes tanto miedo que los dedos se te antojan huéspedes.

—¡Cierra el pico!

—¿Le has registrado? —indagó el de la camisa sudada.

—No.

—Bueno, dame el revólver y hazlo mientras yo le vigilo.

Cambiaron los papeles. Unas manos rudas registraron a Carella, deteniéndose sobre la «Magnum». Tras el primer instante de sorpresa, tiró de la pistola, arrebatándosela.

—Conque de paseo, ¿eh? —rió el de la puerta—. Supongo que llevarías ese cañón para cazar gaviotas...

—Una «Magnum», Bull —casi jadeó Mott—. ¿Te das cuenta?

—Tráela aquí... Siempre he deseado poseer una automática así.

Le devolvió el revólver. Estaba examinando la pistola cuando una voz, a sus espaldas, exclamó:

—¿Qué pasa ahí fuera?

El llamado Bull retrocedió, desapareciendo de la vista. Carella bajó las manos y miró a Mitt con ojos glaciales.

—¿Qué clase de negocio estáis ventilando aquí, compañero? —preguntó con calma.

—Ahora mismo te lo dirán. Espera y verás.

Frank se encogió de hombros.

Del otro lado de la puerta cerrada surgió un leve gemido, como el de alguien que se quejara sin voz. Escuchó con atención, pero no pudo estar seguro de haberlo oído realmente porque el gemido no se repitió.

Pronto aparecieron Bull y otro individuo. El primero todavía empuñaba la gran automática y con ella señaló al prisionero.

—Ahí está... Debe ser un polizonte.

Carella se estremeció. Todavía llevaba en el bolsillo la credencial de teniente, afecto a la policía de Nueva York. Se maldijo por semejante descuido.

—Vacíale los bolsillos, Mott. Yo le vigilaré mientras tanto y si hace el tonto le meteré una de sus propias balas en la barriga...

Con muchas precauciones, Mott se apoderó de cuanto llevaba en el bolsillo. Todo ello fue a parar encima de la mesa, adonde se acercaron los otros dos para examinarlo.

El desconocido soltó un juramento cuando encontró la identificación de la policía.

—Un condenado polizonte, tal como temía. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Estaba dando un paseo.

—Ha sido un paseo muy largo, ¿no te parece? De Nueva York hasta aquí has tenido tiempo de cansarte... ¿No se te ocurre nada más ingenioso?

—Frank Carella —musitó el otro, leyendo el documento—. Y de Nueva York, el gran bastardo. Ve a contárselo al viejo.

El otro volvió a desaparecer por la puerta que comunicaba con la otra ala del caserón. Tardó en volver lo que Mott empleó en fumarse un cigarrillo del paquete de Carella.

—Dice que lo dejemos atado y amordazado junto al otro. Los despacharemos juntos cuando nos larguemos de aquí.

—Tendrá que aumentarnos la paga por ese trabajo adicional, ¿eh?

El comentario de Mott quedó sin respuesta. Bull y el otro individuo fueron los encargados de amarrarle las manos a la espalda. Luego, y valiéndose de su propio pañuelo, le amordazaron con tal fuerza que Carella notó serias dificultades para respirar.

De un empujón le lanzaron contra la puerta, que se abrió. El interior estaba a oscuras, pero gracias a la luz que entró por la abertura pudo distinguir un cuerpo acurrucado en el suelo, en un rincón de aquella habitación desnuda de muebles.

—Al suelo, polizonte.

Sentóse sobre las tablas del piso. Una cuerda le fue arrollada a los tobillos y luego unos nudos recios y duros le inmovilizaron por completo.

Como despedida, Bull le descargó un puntapié a la cara que esquivó por media pulgada. Lo recibió en un lado del cuello y todo giró a su alrededor durante unos segundos, mientras un dolor paralizante se extendía desde el hombro hasta los pies.

Riéndose, Bull abandonó la habitación, cerrando la puerta. Se escucharon sus voces alejándose. Luego, la puerta exterior golpeó.

Frank supuso que Mott volvía a su puesto de vigilancia.

Entonces dedicó su atención al otro prisionero. Arrastrándose penosamente se acercó a él hasta que su hombro chocó con las piernas encogidas del hombre.

Se detuvo. Le pareció escuchar unos rumores sordos, como de picos golpeando tierra dura.

Retorciéndose cómo pudo, se irguió al lado del desconocido. Todas sus energías estaban concentradas a averiguar qué significaba todo aquello y en escapar, de manera que siguió con el doloroso ejercicio hasta colocarse penosamente de rodillas. En esa posición retrocedió hasta que de nuevo tropezó con aquel hombre. Movié las manos detrás del cuerpo tanto cómo pudo y al fin rozó con las puntas de los dedos una cara bañada en sudor. Notó perfectamente el estremecimiento del desconocido.

Siguió tanteando su rostro hasta detener las manos sobre la mordaza. Suspiró al agarrarla y dar un fuerte tirón hacia abajo. Oyó un gemido. Luego una voz apenas audible.

—Un poco más... y me hubiera ahogado...

Carella se dejó caer de nuevo al suelo y reptó hasta colocarse detrás del gimiente hombrecillo. Movié la cabeza y logró localizar así las manos atadas de su compañero de infortunio. Restregó la mordaza contra ellas dándole a entender qué era lo que esperaba de él. El hombre entendió pronto y Carella se vio libre del pañuelo.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Me llamo Cavendish...

—Siga. Hable tan bajo como le sea posible. ¿Por qué le han capturado?

El otro casi dejó escapar un sollozo.

—Van a matarme... ¡Matarme! ¿Comprende?

—Todavía está vivo.

—Me han dicho que me matarán... Cuando se vayan pegarán fuego a la cabaña dejándome dentro... Han traído una lata de gasolina... Y no quiero morir... ¡No quiero morir!

—¡Hable bajo, condenación, o los tendremos aquí en dos segundos! ¿Por qué quieren matarle?

—No lo sé...

—Bueno, algo debe saber usted...

—He cuidado de esta cabaña durante años... Era un buen

trabajo. Sólo necesitaba venir aquí una vez cada semana para limpiar un poco, repasar cualquier desperfecto que se produjera y mantenerla en condiciones de ocuparla. Ahora, toda esa gente...

—¿A quién pertenece este refugio?

—A alguien que vive en Nueva York... Ni siquiera lo he visto nunca.

—¿Cómo sabe que vive en Nueva York?

—Porque es desde allí que me mandan el dinero todos los meses.

—Ya veo... ¿Sabe el nombre de ese individuo?

—¿Del propietario?

—Sí.

—Claro que sé su nombre. La cabaña está registrada a nombre de John Barton. La compró hace muchos años, muchos...

Una corriente de hielo se deslizó por la espina dorsal de Carella.

El propietario de la cabaña era un muerto...

—¿Está seguro que pertenece a Barton?

—Claro que estoy seguro. Él la compró al terminar la guerra. Creo que deseaba un lugar de reposo para reponerse de unas heridas o algo así... Pero la ocupó muy poco tiempo. Los negocios debieron reclamarlo en Nueva York y se marchó. Una agencia de empleos me proporcionó éste, ¿comprende?

—Ya veo...

—¿Por qué tienen que matarme, dígame?

—¡Baje la voz, maldita sea! También piensan hacer lo mismo conmigo, así que consuéllese. Todavía podemos intentar salvarnos si no pierde usted la serenidad.

—¿Qué vamos a intentar? Ellos son cuatro, todos armados... Y creo que hay otro al que no he podido ver. Cinco armas...

—Cállese.

—Pero usted...

—Silencio. Creo que ya lo tengo...

—¿El modo de escapar?

—No; la razón de todo esto. ¿No oye? Están cavando en el edificio adosado a este... ¿Quién hizo esa ampliación?

—El propietario. Le ocupó casi todo el tiempo que permaneció en la cabaña.

—*Okay*; debía ser así. Ahora déjeme pensar. Saldremos de ésta de una manera o de otra...

Reinó el silencio, sólo turbado por los ruidos apagados que les llegaban, delatores de un trabajo llevado a ritmo frenético. La mente de Carella, lúcida como siempre que exigía de ella un esfuerzo, comenzó a funcionar con la precisión de una máquina de calcular...

Y pasaron las horas.



# 6

---

VIOLENCIA



Unas horas eternas, interminables, sumido en la sombra del poste de cemento... Su mente estaba en blanco, no pensaba, no quería pensar. Era puro instinto y los instintos no piensan. El sabía eso, se lo repetía una y otra vez. No pensar, sólo matar, dejarse llevar por la inercia del movimiento.

Sabía instintivamente lo que debía hacer para conseguir su propósito. Sólo dejarse caer hacia delante. El peso del escuálido cuerpo sería suficiente para hundir el cuchillo...

La ventana del comandante estaba iluminada. Podía verla con sólo ladear un poco la cabeza sobre el polvo del suelo. De vez en cuando, la formidable silueta del comandante Dachs se dibujaba contra las cortinas, proyectada por la luz del interior. Cada ocasión en que eso sucedía, él tensaba los nervios, conteniéndose. Cuanto más tiempo pudiera permanecer quieto tantas más fuerzas acumularía para el momento supremo de la venganza.

Vengaría a los miles de infelices inmolados por aquel monstruo, y las mujeres destrozadas por él en noches como aquella, larga, interminable.

Ella había gritado un par de veces. Su voz ahogada había llegado nítida hasta sus oídos, haciendo que sus dientes rechinaran de furor impotente. Luego, en silencio, un silencio hinchado de terror, de abyecta y violenta claudicación. Después, las carcajadas salvajes del comandante, y más silencio.

¿Hasta cuándo, Dios, hasta cuándo?

Sollozó allí, aplastado contra la tierra, con imágenes espantosas desfilando por su cerebro torturado. Hubiera querido tener fuerzas para entrar en la casa y librar a la mujer, y matar al comandante y pegarle fuego al campo y hundirse después entre las llamas para acabar de una vez...

Y seguía quieto, llorando como una mujerzuela a causa de su impotencia, mientras allá dentro casi al alcance de su mano, se perpetraba una repugnante felonía.

¿Hasta cuándo, Dios?

De repente, una carcajada que atravesó las paredes de

madera repercutió en la noche, en sus oídos, en sus nervios. El comandante se reía una y otra vez con su risa brutal. Después, su silueta se recortó contra la luz. El vio cómo se abrochaba el cuello de la guerrera. Se disponía a salir.

Levantó la cara unas pulgadas. El sabor de la tierra siguió pegado a sus labios, pero no lo notó.

Quiso elevar una plegaria en demanda de fuerzas.

Luego pensó que los santos no podrían escucharle cuando se disponía a matar a un hombre.

Pero Dachs no era un hombre, era una bestia sanguinaria y obscena, brutal y salvaje.

Se abrió la puerta tan bruscamente que le pilló totalmente desprevenido. Gimió, asustado de no poder llevar a cabo sus planes. Sus dedos romos y sin uñas arañaron el cemento del poste, elevando el cuerpo a costa de dolores insoportables. La sangre volvió a brotar dejando largas huellas a lo largo del poste. Se irguió poco a poco.

La puerta seguía abierta. La amarillenta luz del interior la recortaba como un rectángulo de oro.

Estaba de rodillas cuando ella apareció. La vio detenerse con la cabeza hundida en el pecho y la cara cubierta con las manos.

Lloraba. Era lo único que podía hacer, pensó al llamar al resto de sus fuerzas con un rugido que sólo su alma escuchó.

La mujer bajó los dos peldaños de madera y se detuvo otra vez. El basto vestido de sarga le colgaba descuidadamente, como si fuera a caerle de un momento a otro. Era la imagen del dolor, de la rendición...

Al fin estaba en pie, apoyado contra el poste, abrazado a él. La mujer avanzaba a trompicones. Oía ya sus apagados sollozos, sus gemidos de bestia herida y ultrajada. Detrás de ella, en medio de la luz amarillenta, surgió la imponente figura del comandante, que se entretuvo en encender uno de sus largos cigarrillos.

El separó una mano del apoyo que le ofrecía la columna de cemento y empujó el oxidado cuchillo. Sus dientes chirriaron, apretados salvajemente...

*La mujer siguió adelante, pasó tan cerca de él que temió ser descubierto. Sólo entonces el comandante cerró la puerta y descendió los escalones.*

*—¡Espera! —ordenó a la desdichada, con su voz de mando.*

*Ella se detuvo. El comandante avanzó con su paso marcial, fuerte, alto y duro como una roca.*

*Llegó a la altura del poste de cemento. El se desprendió del apoyo, alargó el brazo armado y se impulsó a sí mismo hacia delante con un movimiento de péndulo, en silencio, sin una voz ni un suspiro.*

*El comandante vio surgir aquella sombra y el mismo estupor le impidió reaccionar con la celeridad debida. Quedó clavado en el suelo y cuando vio el cuchillo era ya demasiado tarde para esquivarlo.*

*El notó cómo el viejo acero se hundía hasta su empuñadura, un poco más arriba del estómago. Siguió dejándose caer y el comandante, horrorizado trató de retroceder sintiendo en sus entrañas el más espantoso dolor del mundo. Su movimiento de retroceso, simultáneo al de él al avanzar, hizo que el cuchillo se abriera paso arriba cercenando cuanto encontraba a su paso.*

*Dachs intentó gritar. Sólo exhaló una especie de estertor sordo. Supo que estaba muerto incluso mientras alentaba todavía. Podía ver a su matador mientras se desplomaba. Podía ver a la mujer detenida a dos pasos de distancia mirándolo todo con los ojos desorbitados...*

*De pronto, cayó de bruces sobre el chorro de su propia sangre. Gimió. El cayó también sobre el comandante, rodó y acabó en el polvo, mientras la sangre se extendía, y le empapaba las manos, los jirones de ropa, la piel y el alma entera.*

*Entonces ella reaccionó, y en lugar de gritar el horror de la escena se inclinó sobre él.*

*Buena chica, pensó.*

*—¡Lo has matado! —musitó sin voz.*

*—Vete.*

*—¿Y tú?*

—Yo estoy acabado... Ya he cumplido lo que me quedaba por hacer. Vete... Huye...

—No puedo dejarte aquí.

—¡Oh, Dios! —sollozó—. ¿No comprendes...? No deben encontrarte aquí... Te matarán a ti también...

Sentía cómo le abandonaban definitivamente las pocas energías que conservaba. Y aquella tonta allí, obligándole a desperdiciarlas...

—¡Vete!

—Te ayudaré... Quizá puedas llegar a los barracones y no podrán saber quién ha sido...

—Pero no quiero volver a los barracones... Matarían a todos... Los torturarían para vengar al monstruo... Deben encontrarme aquí para que sepan que he sido yo... yo solo...

Ella empezó a sollozar quedamente. Sus manos se posaron sobre el rostro del hombre.

—Te despedazarán...

—No importa. No sentiré... nada... te lo aseguro...

—Deja que te ayude... por favor, por favor. Lo has matado y yo... esta noche... ¡Ha sido tan horrible todo...! Pero ahora está muerto. Tú me has vengado. A mí y a todos...

—¡Oh, Dios, vete de una vez! —exclamó con una voz semejante al sonido de una sierra.

Luego cayó de bruces, exhausto, incapaz de sostener la cabeza erguida ni un segundo más.

—Dime cómo te llamas... Rezaré por ti...

—John... John Barton... Y ahora, huye...

—Yo Jeanette. Recuerda, Jeanette... Tú eres todo para mí ahora...

—¡Corre, escóndete... en... la casa...! ¡Apaga la luz...! Todos se ocuparán... de mí... y podrás volver al barracón...

Jeanette, de rodillas a su lado, se inclinó y el sintió los fríos labios recorrerle el rostro en muda despedida. En sus

ojos, en sus mejillas, en su boca llenándola del sabor de las lágrimas que por unos instantes borró el de la tierra...

Luego, ella se levantó y volvió a la casa. La luz se apagó.

—Adiós... Jeanette... —musitó muy quedo.

Intentó gritar para atraer a la guardia, pero sólo logró emitir una suerte de ahogado estertor. Ya no tenía voz ni fuerzas para encontrarla.

Alargó el brazo. Sus dedos tantearon el corpachón derribado del comandante. Notó cómo todavía se estremecía a su contacto. Vio las grandes manazas de aquel hombrón arañar la tierra como si quisiera aferrarse a una vida que huía de él a borbotones rojos...

Luego, las manos como garras se inmovilizaron.

Estaba muerto.

El consiguió asirse al ancho ciento de cuero. Tiró de él y así avanzó unas pulgadas, hasta que su mano pudo llegar a la funda donde descansaba la pistola «Luger» del militar.

No pudo sacarla. Ya no era capaz ni de parpadear, definitivamente agotado. Pero debía llamar a los centinelas... Debía atraerlos sobre él...

—¡Jeanette...!

Fue un grito que sólo resonó en su cerebro. Luego pudo pasar un dedo por el guardamonte de la pistola. Tanteó en busca del gatillo... Se colgó materialmente del disparador, tirando de él con salvaje desespero.

De pronto, un trueno estalló ante su cara. Un estampido terrible que levantó en pie a todo el campo. Instantáneamente, los reflectores relampaguearon sobre las torres y empezaron a barrer el suelo de todo el campo. Los centinelas corrían... Y corrían por él... El solo lo había conseguido.

Un reflector pasó por encima de los dos cuerpos, se detuvo y retrocedió, quedando fijo. Sonó una voz gutural, carreras.

A través de sus ojos medio cerrados, vio las botas claveteadas de los soldados corriendo, acercándose, y luego, en seco, detenerse a su alrededor.

*Voces, exclamaciones de estupor. Y una voz de mando.  
La del teniente...*

*Alguien le dio la vuelta al corpachón del comandante.  
El todavía miró.*

*Entonces comenzaron a golpearle, arrastrándolo por el  
suelo, rompiéndole las costillas con las culatas de los  
fusiles, gritándole...*

*Pero él ya era una masa insensible con un cerebro  
inmovilizado sobre un nombre:*

*—Jeanette...*

Se había salvado. Ella estaba a salvo...

—¡Jeanette!

Se levantó de un salto, sentándose en la cama. El médico estaba  
junto a él y sus manos le inmovilizaron.

—Cálmate, Tony. He escuchado tu sueño... Jeanette ¿quién es  
Jeanette, Tony? ¡Tienes que recordar! ¿Quién es?

—Jeanette... Ella huyó... Volvió a los barracones...

El doctor Charney se estremeció. Era la primera vez que  
coordinaba una frase relacionada con aquel nombre.

—Se salvó, Tony... Volvió a los barracones. ¿Qué pasó luego?

Las lágrimas cayeron de los ojos del demente.

—No sé... Todos me pegaban... Pero ella huyó. ¡Dígame que se  
salvó!

—Seguro, Tony. Se llamaba Jeanette, ¿cierto?

—Sí.

—¿Era francesa?

—Hablabla inglés...

—¿Cuándo habló contigo?

—Me besó... muchas veces... y me golpearon muchas veces...

—¿Por qué te besó? ¿Era tu novia?

—No... pero...

Se puso rígido. Sus ojos relampaguearon y las lágrimas dejaron  
de brotar de aquellas pupilas muertas. Empozó a temblar. Miró al  
doctor y su mirada tenía luz, vida, y todo el horror del mundo  
aleteando en su fondo.

—¡Doctor! —gimió.

—¡Sigue, Tony, sigue!

—¿Tony?

—Ella te besó, Tony, ¿recuerdas? Luego se salvó... Huyó. ¡Recuerda, Tony, recuerda!

Charney sudaba a chorros, pero temblaba como un condenado. Sus nervios eran cables de acero. Había esperado el estallido durante años, y había discutido con su conciencia centenares de veces. Y estaba a punto de conseguirlo. Si pudiera borrar el trauma de aquella mente torturada... Si pudiera hacerle perder el miedo, el temor que alentaba ahora en el fondo de aquellos ojos...

—¿Me oyes, Tony? Jeanette... Piensa en ella, Tony, y en los que te golpeaban. Ya nadie podrá hacerte daño. Estás a salvo, ¿entiendes?

—Él estaba allí...

—¿Quién?

—El monstruo... muerto.

—Lo mataste...

—Sí...

—¿Cómo, Tony?

—Con un cuchillo... viejo. Lo conseguí, y su sangre me manchó las manos, y el rostro, y todo... Su sangre. Pero lo conseguí...

—¿Quién era él, Tony?

—Dachs... El comandante Dachs...

Charney pegó un salto.

—¡Sigue! Ya no podrás hacerte daño... Nadie podrá hacerte daño ya, Tony. Mataste a Dachs, Jeanette escapó y está a salvo. ¿Qué más sucedió?

—¿Por qué me llama Tony?

Charney se echó atrás. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Era como ver resucitar a un muerto.

—¿No es tu nombre?

—No... Ella me lo preguntó. Quiso saber cómo me llamaba. Para rezar por mí, dijo.

—¿Y tú, qué respondiste?

—Mi nombre es John Barton... Y ella lo repitió, luego me besó.

—John Barton.

El dedo del médico apretó frenéticamente el timbre. Había resucitado a un muerto.

—John...

Él le miró. Se miraron largamente. El médico dijo sin dejar de oprimir el timbre:

—Debieron encontrar una chapa de identificación cerca de ti y creyeron que era tuya... Tony Lawson, ¿qué habrá sido de él?

Cuando se abrió la puerta dando paso a la enfermera y a los médicos de guardia nocturna, el enfermo tenía entre las suyas la mano temblorosa del doctor.



# 7

---

## EL FUEGO



Vieron pasar las horas, transcurrir el día y llegar la nueva noche. De vez en cuando, alguien abría la puerta y daba un vistazo al interior del cuarto. Los dos prisioneros estaban tendidos de cara a la pared, quietos, respirando agitadamente.

Entonces se cerraba la puerta y volvían a quedar soles horas y horas.

—Es de noche —susurró Cavendish.

—Y han cesado de golpear... Mantenga la calma.

—¿Qué podemos hacer contra todos ellos, sin armas?

—No hable. Va a necesitar de todas sus energías si hemos de salir de aquí.

En alguna parte rugió el motor de un camión. Luego, se acercó por la parte posterior de la cabaña y se detuvo. Incluso pudieron escuchar las voces de los hombres, tensas como si estuvieran realizando un gran esfuerzo.

Carella murmuró:

—Están cargando algo en un camión. Cuando terminen vendrán por nosotros, pero no nos matarán a tiros. Esperan que entre las ruinas de la cabaña encuentren dos cuerpos calcinados. Accidente. ¿Comprende?

—¿De qué sirve comprenderlo?

—Es usted un pájaro de mal agüero, amigo. Debiera haberse dado cuenta que esos tipos son unos aficionados. Están llenos de miedo, y ni siquiera saben hacer nudos...

—No, ¿eh? Entonces, ¿cómo nos han amarrado como momias?

—Ése ha sido su error; dar tantas vueltas a la cuerda.

Como si quisiera probar lo que aseguraba, Carella separó las manos de la espalda y se dedicó a desatar los nudos de las piernas. Entretanto gruñó:

—Cuantas más vueltas, más fácil resulta aflojarlas... Listo.

Se puso en pie. El hombrecillo soltó una exclamación de estupor.

—¿Se ha levantado usted?

—Sí, pero cierre la boca o atraerá a esa tropa antes de tiempo. Voy a desatarle.

Cuando lo hubo hecho flexionó violentamente los brazos y las piernas para restablecer la circulación de la sangre y recobrar la agilidad de movimientos.

Tras esto, explicó con voz queda:

—Vendrán uno o dos por nosotros. No adoptarán precauciones porque suponen que seguimos amarrados como fardos. Como presumo que usted no es hombre capaz de emprenderla a golpes con esa basura, quédese a un lado donde no estorbe. Yo haré el resto.

—Ni lo sueñe... Todo el terror que he pasado imaginando lo que sentiría cuando el fuego me hiciera cosquillas han de pagármelo. Exijo uno para mí.

Carella soltó una risita.

—Muy bien, camarada, tal vez me he equivocado con usted... Ya no pueden tardar.

Sin embargo, pasó casi una hora más antes que se oyera algo que les dejó helados.

Fue una seca ráfaga de ametralladora que se les antojó larga e interminable. Luego cesó y todo quedó en el más completo silencio.

—¿Qué demonios significa esto? —masculló Carella, estupefacto.

El motor del camión rugió al ponerse en marcha nuevamente. Una voz gritó:

—¡Venga, suba!

—¿Y la cabaña?

—Olvídese de eso. Ya no importa ahora. Cuando logren escapar estaremos en Auberne.

—Pero...

—¿Prefiere quedarse aquí, estúpido?

El camión comenzó a alejarse lentamente. Carella salió de su estupor y se lanzó contra la puerta. Pero había calculado mal la resistencia de la madera y rebotó dolorosamente lanzando un gruñido.

—¡Hemos de salir de aquí! —exclamó.

Tanteó el suelo y las paredes. No encontró nada con que violentar la cerradura. El hombrecillo dijo:

—Yo tengo cerillas... Sólo dos.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no lo ha dicho antes?

—Temía desperdiciarlas.

—Démelas.

—Acerque su mano.

Tanteando en la oscuridad tomó el estuche. Arrancó una de las

cerillas y a su luz miró a su alrededor. Todo lo que encontró fue una gran cantidad de nada.

Cuando la llamita le quemó los dedos la soltó con una exclamación.

—Bueno, querían fuego y vamos a darles gusto —masculló después.

—¿Qué se propone?

—Manténgase pegado a la pared del fondo, opuesta la puerta. Pero antes quítese la camisa, los calcetines y la camiseta si lleva. Vamos, vivo.

—No comprendo lo que...

—Dese prisa. Ya no se oye el camión.

Un minuto después, en la oscuridad, estaba apilando las prendas de ropa junto a la puerta.

—Ruegue para que esto arda a la primera, de lo contrario la cosa va a ser mucho más difícil...

Aplicó la cerilla a la camisa primero. Ardió bien y su fuego se propagó a las demás prendas. Pronto una espesa humareda llenó el pequeño cuarto. Empezaron a toser violentamente.

—Hágase a la idea de que alguien ha arrojado una bomba de gases lacrimógenos...

Calló, ahogado por un acceso de tos. Las llamas prendían ya en la madera, se encaramaban por ella, chisporroteaban alegremente...

—¿Cuánto va a durar esto? Vamos a perecer asfixiados —gimió el hombrecillo.

—Un poco más... Cuando las llamas se hayan cebado cerca de los goznes...

Hubieron de aguardar varios minutos más. Luego, Carella tomó carrerilla y se lanzó de costado contra la madera. Sus hombros poderosos arrancaron la puerta de sus goznes, allí donde el fuego había debilitado la madera. Salió dando tumbos, seguido por Cavendish, que no cesaba de toser.

Carella no se entretuvo. Corrió hacia la parte trasera de la cabaña, pero tan pronto salió al exterior quedó petrificado ante el espectáculo.

Cuatro cuerpos aparecían tirados en violentas posturas. Al examinarlos de más cerca comprobó que estaban materialmente cosidos a balazos. La ráfaga de fusil ametrallador quedaba así

explicada.

Reconoció a Bull y Mott, así como al tercer individuo que había visto cuando fue capturado. Detrás suyo escuchó la exclamación de espanto de su compañero, pero no le prestó atención. Inclinandose, registró el cadáver de Bull hasta encontrar su automática «Magnum», la credencial estaba en la cartera del tipo y al sacarla vio que había sido perforada por uno de los proyectiles y estaba manchada de sangre.

Gruñó un juramento, pero la guardó en el bolsillo. Tras esto, contempló el resto del espectáculo.

Todo el suelo del pabellón construido adosado a la cabaña estaba levantado y habían cavado casi la profundidad de un pie. Había astillas de madera por todas partes, y montones de tierra...

—Ya veo —musitó entre dientes.

El resplandor de las llamas les recordó que la cabaña estaba ardiendo y que debían alejarse de allí si no querían verse envueltos en buen embrollo. Tomando del brazo a su compañero, Carella le guió hacia la carretera.

—Si no han descubierto el coche todavía estaremos de suerte...

—Estoy dispuesto a andar hasta Los Ángeles si es preciso. Le confieso que ya no quiero más suerte que la que he tenido esta noche. Gracias, sea usted quien sea.

—Olvídelo. Tengo mucho que hacer todavía para perder el tiempo con cumplidos.

El coche estaba todavía en el desvío donde lo dejara al llegar, la noche anterior. Instantes después, lo conducía a toda velocidad rumbo a San Francisco.

—¿Cree que alcanzará al camión? —rezongó Cavendish.

—No sé siquiera qué aspecto tiene ese maldito camión. Y no puedo detener a todos los camiones que circulan por esta carretera... Aparte de que no sabemos qué dirección han tomado al escapar.

—Entonces, ¿por qué tantas prisas? Si después de escapar del fuego nos estampamos contra un árbol...

—¡Cállese, maldito sea usted!

Cavendish cerró la boca durante el resto del viaje.



---

8

ATANDO CABOS



El teniente Lamb respingó al ver el aspecto sucio y tiznado de los dos hombres que penetraron en su despacho sin hacerse anunciar.

—Espero que se acuerde de mí, Lamb —gruñó Carella, dejándose caer sentado en una silla.

—¡Por todos los diablos! ¿De dónde sale usted? Estoy empleando mi tiempo atendiendo llamadas para usted desde Nueva York, y el gran policía se dedica a apagar incendios. Porque, a juzgar por su aspecto, vienen de apagar un incendio...

—Justamente todo lo contrario. Lo hemos provocado. ¿Qué decía de unas llamadas?

—De Nueva York. Que llame tan pronto pueda a su apartamento.

—Comprendo. ¿Puedo usar su teléfono?

—Seguro, seguro. Estamos a su disposición el aparato y yo.

El sarcasmo del policía no hizo mella en Frank, quien llamó al apartamento que les servía de punto de enlace y cuartel general.

—¿Qué ocurre? —preguntó, cuando la comunicación quedó establecida.

—¡Demonios! ¿Dónde estabas metido? No pudimos sacar nada en claro de tu hotel. Luego, a Rugolo se le ocurrió llamar a la policía de Frisco, suponiendo que te habrías presentado a ellos...

—Una idea genial, Peter. Pero al grano.

—El «Viejo» tiene informes sensacionales... Hoy saldrán en todos los periódicos.

—Si sigues así deberé aguardar a que salgan a la calle para enterarme.

—Está bien, pon atención. Noticias del Ejército. Un demente que ha recobrado la razón gracias a un médico especialista, ha reconocido que se llama John Barton...

—¡Qué!

—Lo que oyes. Mientras tú lo buscas en San Francisco, el chico, que ahora no es ningún chico puesto que pasa de los cuarenta, está en el hospital mental del Ejército.

—¿No hay duda respecto a la identidad?

—Ninguna. El «Viejo» anda loco desde que le dijimos que estabas tras las huellas de ese tipo. ¡Vaya manera de perder el tiempo!

—El caso es que no lo perdí, Peter.

—Repíte eso.

—Encontré a John Barton. Tiene una hermosa lápida sobre su tumba. Lo asesinaron hace dieciocho años.

—Voy a volverme loco... ¿Cuál de los dos es el falso, Frank? Dímelo antes que me salga humo de la cabeza.

—El de la lápida, si no me equivoco. ¿Otras informaciones?

—Eso es todo; Creímos que te interesaría saberlo...

—Y me interesa. Aguarda un momento.

Apartó el auricular de la oreja. El teniente Vince Lamb le miraba con expresión aburrida.

—¿Qué significa para ti Auberne? —le espetó.

Lamb parpadeó.

—Eso suena a francés... Como si fuera una región de Francia...

—Cuernos, tiene que estar aquí, en el país, en este Estado quizá.

—Regístreme.

—Ya... —volvió a colocarse el auricular a la oreja y gruñó—: ¿Peter?

—Te escucho.

—Apunta ese nombre... Auberne.

—Ya está. ¿Qué sigue?

—Nada más. Tenéis el resto de la noche para averiguar qué significa y dónde está ese lugar. Te llamaré al amanecer.

—Pues sí que...

Colgó sin escuchar las lamentaciones de su compañero. Tras esto, arrebató un cigarrillo del paquete del teniente y lo encendió con evidente placer.

Luego dijo:

—Será mejor que pongas al amigo Cavendish en manos de un taquígrafo para que preste declaración. Es algo interesante. Luego puedes proporcionarle también un baño...

—Y una niñera...

Lamb rió entre dientes y dio unas órdenes por teléfono. Al quedar solos, Carella dijo:

—Éste es un asunto estrictamente confidencial, Lamb. Mucho me temo que si hay alguna filtración, el estamento de Estado te arrancará la cabellera. ¿Comprendes?

—Así que es tan importante, ¿eh?

Frank Carella movió la cabeza afirmativamente.

—Es un caso extraordinario —dijo—. Hasta este momento he estado dando palos de ciego, dando tumbos de un lado a otro, y si algún indicio aparecía resultaba por pura casualidad. ¿Tú crees que el comandante de un submarino alemán puede ser un sentimental?

Lamb respingó.

—¿Se trata de un chiste? —dijo.

—Nones. Son hombres duros como el acero, tú sabes... Y yo he tenido que tropezar con la estela de uno que, además, era un romántico.

Fumó el cigarrillo hasta apurarlo. El teniente no apartaba los ojos de la cara tensa del que él creía un policía de Nueva York.

—Sigue —pidió.

—No hay más... O por lo menos, casi nada más. Ese hombre, cuando se le presentó la ocasión, quiso volver a ver el lugar donde, según sus firmes creencias de marino de guerra, había enterrado su honor veinte años atrás, metafóricamente hablando...

—Si eso es todo lo que te propones decirme —refunfuñó Lamb —, puedes irte metafóricamente al demonio, tú y tus historias de marinos.

Carella se levantó. Sus ojos grises relucían de excitación.

—¿Sabes, Lamb? Tengo la corazonada que éste es el caso más importante de mi carrera, por lo que toca a la parte digamos financiera.

Lamb bufó, lleno de indignación. Carella le sonrió y, yendo hacia la puerta, dijo como despedida:

—Te aconsejo que leas con atención la declaración de Cavendish... y luego la mantengas bajo siete llaves. Si llega a la Prensa no doy un centavo por tu pellejo.

—Ya veo...

Se cerró la puerta. Vince Lamb siguió mirando la madera como si esperase que de ella surgiera una explicación al jeroglífico con que le había obsequiado Frank Carella.



# 9

---

A LA CAZA DE UN TESORO



El archivo de un periódico es un sitio lúgubre y silencioso, a menos que pertenezca a uno de esos periódicos de nuevo cuño con nuevas oficinas, nuevos sótanos y eficientes servidores de organización, con máquinas electrónicas, sin alma y tan eficientes que los reporteros piden el retiro a los cuarenta años.

Carella se encaró con el encargado del archivo del «San Francisco News» y expuso sus deseos. Luego aguardó, dando vueltas a un cigarrillo apagado entre los dedos.

—Aquí tiene —dijo el hombre, depositando un grueso volumen amarillento sobre el mostrador de vieja madera.

Se retiró para reanudar su trabajo. Carella consultó número tras número los periódicos de dieciocho años atrás hasta encontrar lo que buscaba.

Lo que buscaba era una fotografía que no tenía nada de agradable. Mientras con la mano izquierda removía las hojas para que hicieran ruido, con la derecha arrancó la foto, que desapareció en su bolsillo sin que el encargado se diera cuenta del estropicio.

Tras dar las gracias amablemente, abandonó las oficinas del diario, satisfecho de su estratagema. Claro que hubiera podido solicitar aquella fotografía en los archivos de la policía, pero se hubiera visto obligado a dar demasiadas explicaciones y el teniente Lamb ya estaba bastante escamado para darle más temas con los que amargarse la noche.

Su siguiente visita fue a la pensión donde John Barton había fijado su residencia al regreso de Europa. Necesitó de todo su poder de persuasión para convencer a la patrona que aquella visita no podía aplazarse hasta el día siguiente, tras lo cual le mostró la fotografía.

—¿Lo reconoce? —preguntó.

—Es John Barton sin duda alguna. Ésa es la fotografía que publicaron los periódicos cuando le asesinaron.

—Lo suponía. Pero quería estar seguro que no había ningún error. Gracias, señora.

Pensando que alguien, veinte años atrás, cometió craso error en alguna parte de Alemania, Carella se alejó a buen paso camino de su hotel.

Durmió vestido encima del lecho. Al amanecer, después de ducharse, llamó por larga, distancia y oyó a más de dos mil millas,

la voz gruñona de Lin Burke.

—¿Estás solo ahí, Lin?

—No, Johnny está conmigo.

—¿Y Peter?

—Todavía no ha regresado.

—¿Algún progreso en el asunto de Auberne?

—Debiste preguntarme a mí antes que a nadie. ¿No sabes que soy un fanático de Hollywood?

—¿Y qué infiernos tiene que ver Hollywood con esto? —exclamó perplejo.

—Bueno, puede que nada. Tal vez ese nombre corresponda a otra cosa, pero hubo un actor famoso en los primeros tiempos del cine sonoro que se hizo construir una residencia en una cumbre de Beverly Hills. La bautizó con ese nombre. Era ruta obligada de los excursionistas domingueros hace algunos años.

—Que me ahorquen...

—¿Quieres que sigamos buscando?

—No es preciso. Creo que es lo que necesitaba... Claro, ¿dónde podrían ocultarlo mejor que en una gran residencia en Beverly Hills?

—¿De qué estás hablando?

—No queda tiempo para explicaciones. Sigue yendo al cine, Lin... A veces sirve de algo.

—Nunca lo he dudado.

Colgó, excitado. Se vistió con un traje limpio, aseguró la «Magnum» en su funda y, una hora más tarde, tomaba el avión rumbo a Los Ángeles.

Auberne.

Encaramado sobre el muro, ocultándose entre la espesura de las plantas trepadoras, Frank Carella contempló la rutilante residencia de tejados de pizarra, en aguda punta. Era una casa enorme, con docenas de grandes ventanas de un estilo indescifrable que debía haber hecho la felicidad de un arquitecto medio loco. También la gigantesca piscina era digna de tenerse en cuenta. Por ella podía navegar un acorazado.

Y el camión de tres toneladas parado ante la puerta principal de la residencia, a un tiro de piedra del muro sobre el que se encontraba. Realmente, el camión fue lo que más encantó a Carella.

Ni siquiera habían tenido tiempo de deshacerse de él.

Con infinitas precauciones por si había cables de alarma, descendió del muro como un gato, dejándose caer suavemente sobre el césped. Después atravesó el pequeño prado, agazapándose detrás de los arbustos de adorno, avanzando como un piel roja hasta detenerse al lado del camión.

El vehículo estaba cubierto de polvo. No cabía duda que había realizado un largo trayecto.

Empuñando la «Magnum», descorrió el seguro y abandonó la protección del camión para dirigirse al ventanal francés abierto de par en par.

Era lógico que los moradores se considerasen seguros en aquella residencia, protegida por una alta pared de ladrillo y por el más compacto cuerpo de policía del Estado.

Beverly Hills; el lugar sagrado mejor guardado de la nación. ¿Qué mejor escondite que aquél?

Atravesó una sala de grandes proporciones, recorrió un pasillo bordeado de puertas cerradas y llegó al pie de una escalera que se enroscaba hacia el piso de arriba.

Bajo la escalera, una puertecilla se abría hacia un sótano cuyas luces alumbraban perfectamente los macizos peldaños de cemento. El suelo mostraba rastros de arena roja. Era la única suciedad que había observado hasta allí. La misma tierra que ensuciaba el camión...

Con la automática lista para hacer fuego, Carella se deslizó escaleras abajo. Pronto oyó las voces de dos hombres hablando con calma, pero con voz satisfecha.

Una de las voces comentó:

—En menos de un año estará todo colocado, Max... Tuviste mucha suerte al asociarte conmigo.

—Estoy seguro de eso. Tú tenías los contactos necesarios. Yo la llave del oro.

Rieron. Carella acabó de descender los peldaños.

Vio un ancho sótano alumbrado por tubos fluorescentes. Una alta estiba de cajas de mediano tamaño se amontonaba a un lado. Todas las cajas estaban sucias de tierra.

Los dos hombres, sentados en sendas cajas que habían limpiado previamente, parecían dos chiquillos discutiendo sobre un juguete

nuevo.

Carella reconoció a uno de ellos, Lon Redfern, un hampón de la peor especie que había eludido al verdugo hasta entonces gracias a una suerte inconcebible y a una legión de picapleitos bien pagados.

El otro era un hombrecillo rechoncho, de rostro mofletudo, nariz aplastada y cabellos muy cortos. Se adivinaba que hacía poco tiempo había estado pelado al rape...

Redfern encendió un cigarrillo. Luego dijo:

—Voy a ocuparme del camión, Max.

—De acuerdo. Vuelve tan pronto termines. Haremos cuentas de todo esto.

—Podemos hacerlas ahora —objetó Carella con voz helada.

Los dos dieron un salto, volviéndose. La mano derecha de Redfern desapareció como un rayo bajo su solapa izquierda.

La «Magnum 389» de Carella bramó una vez. Todo el sótano retumbó con el tremendo estampido. Redfern fue empujado hacia atrás. El revólver que había conseguido empuñar salió despedido de su mano y él rebotó contra el montón de cajas.

Cuando quedó inmóvil, el hombrecillo lo miró con indiferencia.

—Demasiado impulsivo —comentó—. ¿Quién es usted, matarife?

—Su nombre, no perdamos tiempo.

—Sobra el tiempo. Odio la violencia, créame. Podemos entendernos a la perfección usted y yo. De todas formas, pensaba compartir el negocio con ese necio...

—¿Cuánto ofrece?

El hombrecillo sonrió, seguro de sí mismo.

—Digamos una cantidad aproximada a los diez millones de dólares para cada uno.

Frank Carella parpadeó.

—Es una bonita suma. ¿Oro?

—Lingotes de oro puro. Hay también una caja conteniendo diamantes, pero no sé cuál de ellas es. Sólo hace falta negociarlo.

—Dígame su nombre primero.

—Max Hugger. Usted no me conoce.

—Cierto. Pero sé lo suficiente de usted para no fiarme en absoluto. Vuélvase de espaldas.

—¿Para qué?

—Haga lo que le digo y todo irá bien.

El hombrecillo se encogió de hombros. Luego dio la vuelta.

—Así está bien —gruñó Carella—. Ahora, quítese la americana.

También obedeció Hugger. Su chaqueta quedó en el suelo, algo apartada de sus pies.

—La camisa ahora.

—¿Se propone desnudarme?

—Sí.

—¡Un momento...!

La «Magnum» bramó por segunda vez. La bala pasó tan cerca de la cabeza del alemán que éste se dejó caer de rodillas, convencido de que había llegado su última hora.

Sin más protestas se despojó del resto de sus ropas. Bajo la camisa apareció una ingeniosa funda conteniendo una pistola automática, que fue a reunirse con sus demás pertenencias, en el suelo.

—Bien, ahora siéntese sobre esa caja y comience a hablar. Puedo ser más implacable que los verdugos de sus campos de concentración si me obliga a ello.

—¿Qué quiere que le diga? Jamás pensé que pudiera vencerme un hombre solo, cuando todo estaba arreglado.

—No se trata de un hombre solo, Hugger; es todo un país que repudia a los hombres como usted, a los asesinos sin escrúpulos, crueles y sádicos...

—Que yo sepa, usted no me ha visto matar a nadie todavía. En su país precisamente lo más importante son las pruebas.

—No las necesito para juzgarle, Hugger. Yo estaba en la cabaña cuando usted acribilló a los cuatro pistoleros que le habían ayudado a desenterrar su tesoro Supongo que se los proporcionaría Redfern, ¿no es cierto?

Asintió con un gesto, mudo de estupor.

—En la cabaña... —susurró.

—Encerrado —puntualizó Carella con calma—. Cometió un gran error dejándonos vivos al otro prisionero y a mí.

—Ahora me doy cuenta...

—En realidad, ha cometido una infinidad de errores, compadre. Empezando por el mayor de todos... cometido hace veinte años en un campo de concentración.

El alemán parpadeó.

—¿Sí? —Gruñó solamente.

—Un oficial de ustedes suplantó la personalidad de uno de sus presos llamado John Barton, ¿no es cierto? Su error consistió en dejar al verdadero Barton con vida, aunque demente. Tan pronto he sabido la verdad a este respecto he atado cabos, usted sabe...

—No tenían intención de dejarlo con vida, pero fue liberado antes que los estúpidos que le torturaban acabasen con él. Las tropas aliadas asaltaron el campo por sorpresa.

—Era de suponer... ¿Por qué le torturaban, si ya habían conseguido apoderarse de su personalidad?

—Mató al comandante del campo de una cuchillada.

—Ya veo... Y usted ¿qué papel representó en el envío del oro?

Hugger movió la cabeza, impaciente.

—Créame, joven; acepte mi trato. Es una fortuna inmensa. Todo el resto de su vida viviendo con lo mejor del mundo a su alcance... ¿Qué le impide unirse a mí?

—Mi repugnancia a tocar una babosa. Responda a lo que le he preguntado...

—Está cometiendo un error. Si entrega el oro, ¿qué cree que hará su Gobierno con él? Incluirlo en su tesoro, financiar revueltas armadas, sobornar a funcionarios de países pobres, controlar el comercio de otras naciones necesitadas... A esa clase de negocios irá destinado mi oro... y usted lo sabe.

—Debería aplastarle, maldito bastardo. ¿Cómo sabía que esa fortuna estaba escondida en la cabaña de Barton? O del falso Barton, para ser exactos...

—Yo mismo lo escondí allí...

—¿Quién era el falso Barton en realidad?

—Uno de los agentes especiales de Himmler. El planeó el traslado del oro cuando las tropas aliadas estaban a punto de vencernos. Yo me limité a ser un ayudante de él hasta que llegamos aquí a bordo de un submarino.

—Y cuando el oro estuvo en lugar usted lo mató, naturalmente...

—Seguro. Eran las órdenes que había recibido de Himmler. Me limité a cumplirlas.

—Comprendo perfectamente que su régimen se hiciera

pedazos... ¿Cómo regresó a Alemania?

—En el submarino. Únicamente que el estúpido de su comandante prefirió hundirlo que llegar a la patria...

—Pero usted fue detenido...

—¿Cómo puede usted saberlo?

—Por esos veinte años transcurridos sin que nadie reclamase el oro. Usted no hubiera aguantado tanto tiempo de haber tenido ocasión de echarle la zarpa encima.

—Una observación muy aguda, amigo mío. Estoy en libertad solo hace unas semanas.

Carella apretó las mandíbulas. Le revolvía el estómago aquel hombre, y su cinismo, la sangre fría con que aceptaba haber asesinado a mansalva...

—Ahora todo está claro —comentó el jefe de Los Justicieros—. Incluso las razones por las cuales fueron asesinados esos compatriotas suyos...

—¿También ha adivinado eso basándose en deducciones?

—Está muy claro ahora. El comandante del submarino ingresó en la carrera diplomática. Fue enviado a Nueva York, pero en cuanto se le presentó la oportunidad de hacerlo, volvió al lugar donde él recordaba haber desembarcado las cajas de oro... que él consideraba propiedad de su pueblo. Por eso necesitó usted eliminarlo tan pronto tuvo ocasión. Ocupando un puesto en un consulado hubiera sabido tarde o temprano que usted estaba en este país. La misma razón es válida para el otro diplomático asesinado por usted... con un rifle «Remington 308».

Esta vez, el alemán no ocultó su asombro.

—Tiene usted una mente excepcional, amigo. Usted y yo unidos podríamos hacer grandes cosas... contando con esa fortuna.

—Ya imagino la clase de cosas a que se refiere. Para terminar, ¿quiere aclararme por qué mató a los otros dos? Imagino que intervinieron de alguna manera en el traslado del oro...

—Justamente. Ocupaban cargos que les hizo indispensables entonces. Podían recordar o descubrirme.

—Ésa era una posibilidad muy remota en ambos casos...

—No me gusta dejar cabos sueltos, usted sabe...

—Me pregunto dónde le gustará más recibir el plomo, Hugger. Es usted una alimaña sin alma ni sentimiento alguno. Peor que una

bestia salvaje...

—¿Ha terminado? Entonces corra a entregar el oro para que su propio Gobierno se ría de usted...

Carella necesitó un gran esfuerzo para no apretar el gatillo sin más provocación. No concebía la bestial indiferencia de aquel hombre hacia la vida de sus semejantes.

Suspiró. Relajó los músculos y luego dijo con voz ronca:

—Vístase.

El hombrecillo parpadeó, extrañado.

—Quiere quedarse con todo —gruñó entre dientes—. Debí suponerlo desde un principio.

—Vístase —repitió Carella secamente.

Se inclinó sobre sus ropas y tomó los pantalones. Empezó a ponérselos casi sin apartarse una pulgada del lugar que ocupaba.

Pero entonces, con una asombrosa agilidad impropia de su tamaño y peso, giró la mano y disparó a través del pantalón. Había empuñado la automática al mismo tiempo que levantaba los pantalones del suelo.

La bala zumbó rozando el cuello de Frank. Éste apenas se movió. Disparó su «Magnum» y el horrísono estampido de la pistola ahogó el de la otra arma.

Una fuerza inhumana pareció empujar a Hugger contra las cajas, donde golpeó de espaldas y cayó sentado. Todavía sostenía la pistola y luchó con la muerte para poder levantarla lo suficiente para matar a Carella.

El jefe de Los Justicieros masculló:

—Otro error, bastardo... Debiste apuntar al pecho, es un blanco más fácil.

La cabeza de Hugger cayó hacia delante, como mirándose el gran orificio que sangraba en su pecho desnudo, un poco más abajo de la tetilla izquierda.

—Veinte años... —musitó—. Esperar veinte años... para esto...

Una bocanada de sangre ahogó su voz. Luego se derrumbó de costado lentamente hasta quedar acurrucado en el suelo como una bola.

Carella avanzó y dio un puntapié a la automática, que se desprendió de los dedos inertes, yendo a perderse al fondo del sótano.

Sólo entonces volvió la espalda a los cadáveres y subió las escaleras en busca de un teléfono.

Iba a proporcionarle un buen regalo al secretario de Justicia.

Un endiablado asunto resuelto a satisfacción, sin escándalo ni publicidad... Y veinte millones en oro para redondear el caso. Quizá sería el momento de pedirle un aumento de sueldo.

—El «Viejo» gruñón —dijo entre dientes, descolgando el auricular.

Abajo quedaba la muerte en su forma más horrible.

Sólo que esta vez la muerte se había vestido de oro.

FIN





**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



**VETERANO**  
tiene  
**ESO...**



un **VETERANO** SABOR!...

**OSBORNE** *Fundada en 1772*

